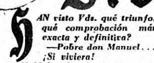
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

CRITICA

MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 3. | SABADO, MARZO 28 DE 1931 | Edicion de 8 páginas

La Segunda Vida de Alvaro Núñez



por Luis Góngora

HAN visto Vds. qué triunfo, qué comprobación más exacta y definitiva?

—Pobre don Manuel... ¡Si viviera!

Hablaban hoy los amigos y recordaban con cariño y veneración a don Manuel Estrada Torres, el ilustre historiógrafo y erudito hombre de ciencia, fallecido hace poco. Su nombre se imponía otra vez al comentario general con motivo de la comprobación de una de sus teorías de hipótesis arqueológicas. El profesor Chambers ha descubierto una estupenda ciudad subterránea en Chavín de Huántar, en medio de las cordilleras del Perú, cerca del sitio donde fuera hallado un famoso monolito que tanto diera de que hablar a los arqueólogos. Pero toda la gloria del descubrimiento corresponde hoy a don Manuel Estrada, quien supo presentir, veinticinco años atrás, la existencia de esa ciudad subterránea en una memoria suya presentada al congreso de americanistas de Viena. Hoy, como el Cid, don Manuel Estrada ganaba una victoria después de muerto.

Los trabajos y excavaciones de Chambers confirman, una por una, las hipótesis emitidas por Estrada. Es la gloria, póstuma, pero efectiva. Aquel trabajo histórico que pasara casi desapercibido en el "Compte Rendu" del Congreso, es hoy un documento de palpitante interés. Lo acaba de reeditar la "Hakluyt Society" de Londres, y la Universidad de Yale, a la que pertenece el intrépido profesor Chambers, organiza en el día una expedición completa para exhumar la ciudad prodigiosa. Era natural y lógico que el nombre de Estrada, mi maestro, ocupara un lugar prominente en nuestra charla de amigos.

No sólo recordábamos sus trabajos históricos y lo que había contribuído al desarrollo de nuestra incipiente ciencia arqueológica, sino los pormenores de su vida misma. Su figura, llena de majestad y nobleza, volvía en cariñosa evocación. Le veíamos aún, hundido en su sillón de enfermo, durante aquellos tres últimos años que fueron precisamente los que me sirvieron para conocerle íntimamente, trabajando al lado suyo.

Alguien hizo mención al terrible ataque de hemiplejía que sufriera don Manuel de Estrada, tres años antes de su falleci-



(Continúa en la página siguiente)

continuación

La Segunda Vida de Alvaro Nuñez = por Luis Góngora

Entre sus Papeles

Fallecido nuestro inolvidable compañero Luis Góngora, sus familiares hallaron entre sus papeles un rimero más pulcro que todos los otros y profusamente escrito. Las manos familiares pusieron aquel rimero en las nuestras, que lo acogieron con amor y urgente curiosidad. Pronto tuvimos la satisfacción de ver en los papeles póstumos un rasgo inédito de la genialidad y la cultura de nuestro querido compañero. Es el que damos a conocer en estas páginas, un cuento de hombre de gabinete y de hombre de la calle, un cuento de libros y de vida, un relato profundo y emocionante, fino y recio, con toda la ironía de su superioridad y todo el candor de su corazón ancho.

(Viene de la página anterior)

miento. Desde aquel triste día estaba virtualmente condenado y el hilo de su inestable vida dependía, más que nunca, del destino. ¡Cómo no iba a recordarle yo, que siempre estuve al lado suyo! Tullido, baldado a consecuencia de su parálisis, continuó trabajando ardorosamente, cierto es que con mi ayuda material. Siguió leyendo insaciablemente, marcando los márgenes de los libros con sinuosas acotaciones y escribiendo, sí, pero a través de mis manos. Muchos de sus trabajos más notables datan de estos tres años de largo martirio.

El que narraba y comentaba una existencia para nosotros cara, añadió:

—La culpa inmediata de su muerte la tuvo el exceso de trabajo. Habría podido vivir unos años más.

Y yo, que había seguido el curso de la conversación sin hablar casi, rectificando apenas pequeños detalles incidentales, exclamé de pronto:

—¡La culpa de la muerte de don Manuel Estrada la tuve yo!

Debí decirlo en un tono muy raro, o muy destemplado, porque varios a coro, preguntaron sorprendidos:

—¿Usted?

Entonces experimenté la sensación de hallarme ante un abismo. Durante un segundo tuve el propósito de hacer una amplia confesión de mis secretos, y de referir lo que luego dejaré escrito en descargo de mi conciencia. Pero durante otro segundo contemplé la inutilidad de mis palabras. ¿Para qué? ¿Para que no me comprendieran y no faltara quien se burlase de mis escrúpulos tan extraños?

La interrogación colectiva quedó unos instantes sin respuesta. Me decidí a callar y, lo que es peor, a mentir. Encontré una frase evasiva que me salvó del lance y nadie pudo notar la admirable sangre fría que tuve al decir:

—Sí... yo tuve la culpa. Porque mi deber fué prevenirle y aun impedirle que trabajara tanto estando enfermo... Sí, eso, el trabajo le mató. Usted tiene razón.

Seguramente se esperaba algo más interesante, porque pude notar cierta pausa, algún desconcierto en el diálogo. Y se dijo:

—¡Claro está! ¡No podría ser de otro modo... y tratándose de usted!

Decididamente, la conversación de hoy, el triunfo póstumo de mi venerado maestro, me traen, insensiblemente pero con fuerza imperiosa, al punto oscuro, a los minutos que aun recuerdo con íntimo terror y — ¿por qué no decirlo? — con remordimiento. Tentado estuve de hablar hace unas horas y saber, por fin, si eran vanos escrúpulos los míos e inútil tormento de una autosugestión, molesta pero evidente. Tengo algo que contar, y ello envuelve una confesión. Por más descargos y disculpas que pueda darme a mí mismo, queda este hecho verdadero, trágico, incontrovertible: la vida de don Manuel Estrada estuvo por unos minutos, o segundos, en mis manos. Lo sabía, estaba convencido de ello en esos mismos momentos y, sin embargo, ¡aquí el horror de la propia culpa! Dispuse de esa vida, deliberada y fríamente, precipitándola a su fin. Produje un hecho que determinó la muerte. Por tal, quitando la vida a otro, sería un asesino...

Ciertamente, me digo, la causa mediata de su muerte fué el ataque de hemiplejía que le derribó físicamente, tres años atrás. La inmediata, fué un pequeño derrame cerebral ocurrido en la tarde que precedió a la trágica noche, a la de la otra causa: la inmediatísima, la secreta, la que sólo dependió de mí. Para todos, para los médicos, don Manuel murió, lógicamente, a consecuencia de su extrema gravedad de su último día. ¡Ay! Nadie, ni el tiempo que ha pasado, me quita el convencimiento de lo que he dicho ya: Esa causa inmediatísima, fuí yo.

Era lo que necesitaba referir. Pienso ahora en la honda satisfacción de los primeros cristianos, antes de la confesión auricular, al decir en voz alta las propias culpas. Así lo haremos, ante todos, el día en que nos llame a juicio Dios, Nuestro Señor. Pero, ¡débil de mí! No me he atrevido a hacerlo hoy ante amigos íntimos y aun ahora, en medio de esta quietud nocturna, en este silencio alucinante, sin más testigos que la blanca idiotez del papel confidente, quisiera convencerme de que todo aquello no ha sido sino un sueño, un mal sueño...

* * *

Cuando, después de largos días que se han sucedido, trato de reconstruir los minutos de honda emoción, el instante en que mi mano temblara como no tembló jamás, veo que una sucesión misteriosa, pero lógica, encadenó los hechos, unió dos mundos, el presente y el más allá de límites ignorados, y ligó mi vida al destino de otra vida que se extinguía y de otra más lejana aún que tuvo un instante en que renació con trágica intensidad.

Una de las últimas alegrías que tuvo mi buen maestro fué el día en que llegó de España, en un paquete certificado, la copia de un manuscrito existente en Loyola, en la vieja casa madre de la institución jesuítica. Viajando por España, don Manuel no había podido vencer su manía favorita, la de hurgar bibliotecas, remover infolios, hojear viejos volúmenes y aquellos indigestos y panzudos cronicones, encuadernados en pergamino, que forman aún hoy la ringlera inútil de las bibliotecas conventuales.

Sólo yo sabía, y conmigo lo sabe igualmente todo aficionado a rebuscar la luz del pasado en las ruinas de las bibliotecas, la intensa alegría que tuvo don Manuel cuando descubrió en Loyola un manuscrito completamente inédito, en que un jesuíta, ignorado también, relataba a mediados del siglo XVI, algunas impresiones personales y testimonios propios de las andanzas y sucesos de los primeros conquistadores del Perú.

Don Manuel Estrada debió haberse estremecido de emoción cuando descubrió en aquella cosa vieja e inservible la fuente de nuevas luces y puntales nuevos para reconstruír una época de hombres que hoy nos asombran por su valor indomable y su entereza a toda prueba.

Además, en dicho manuscrito del Padre Flores Villarroel, que así se llamaba el obscuro jesuíta, ex soldado de Pizarro antes de ser soldado de Jesús, había anotaciones interesantísimas sobre los usos y costumbres de los indios, observaciones llenas de valor, indagaciones y preguntas hechas a los caciques sobre sus mitos y orígenes, en total, bagaje suficiente para entusiasmar a cualquier historiógrafo y más aún a don Manuel, que había pasado su vida íntegra dedicado a este género de estudio.

El certificado con la copia del manuscrito de Flores Villarroel era una especie de Mesías que no tenía cuándo llegar. Mucho y muy largo debió escribir don Manuel para que se lo enviaran. Tuvo que mover influencias, recurrir a las autoridades superiores de la compañía jesuítica para que, desde Roma, el propio General autorizara a la casa de Loyola la exportación, digamos así, del manuscrito.

Recuerdo aún el intenso júbilo del anciano al recibir el ansiado paquete certificado. Ni siquiera me dejó firmar el libro del cartero. El mismo quería darse el placer completo desde aquel pequeño detalle hasta el de deshacer por su propia mano envolturas, lacres y sellos.

María Francisca, su nieta, fué el ángel anunciador de la buena nueva. Me parece verla aún, vestida de blanco, en el hueco enorme de la puerta. En aquella casona solariega de los Torres Estrada se había perpetuado como en pocas el espíritu grave y austero de la Colonia, pero de una Colonia mística y sombría de grandes crucifijos cárdenos y amoratados, de negruzcas pinturas en dorados marcos, en todo, hasta en los muros, los viejos y antiquísimos muros, impregnados aún del eco de voces que para siempre se fueron y del susurro de invisibles letanías y rosarios del atardecer. Y para que nada faltara, allí estaba en su dormitorio y gabinete el propio don Manuel, chapado a la antigua, gran señor en quien revivía toda la tradición de su raza y la propia tradición de su familia, de claro linaje y blancas sábanas. Allí en su alcoba, en la que una lámpara, alumbrada por piadosas manos, ardía ante un lienzo del Españoleto — así lo creía don Manuel, pero no era muy fuerte en pintura — pasaba las largas horas del día ante su gran escritorio, montaña de libros y papeles. De cuando en cuando, en una irrupción de vida y de primavera eterna, María Francisca ponía su nota blanca y de juventud.

Y a mí ¡qué diablos!, me interesaba mucho la historia, quería mucho a mi maestro, sentado al frente mío, pero, ¡era tan grato olvidar por un momento los infolios y las peleas de los historiadores, levantar un instante los ojos y ver a María Francisca, en el hueco enorme de la puerta, mirando con ojos llenos de amor y de piedad al abuelo!...

Estas líneas, confesión íntima, y supremo descargo de mi conciencia, no verán nunca la luz, y así María Francisca, la muchacha que jugaba al tennis y bailaba shimmy y ponía diariamente una rosa nueva en nuestra mesa de viejos papeles, aquella María Francisca, luz, alegría y vida — ¡que sea muy feliz con el hombre con quien se casó! — ¡María Francisca no verá, ni leerá, ni sabrá nunca tantas cosas!... Que la he amado, platónicamente, y algo más grave: que la vida de su abuelo, de su adorado abuelo estuvo en mis manos y la corté como quien rompe un hilo.

¡María Francisca, perdóname!

* * *

Nos pusimos a trabajar febrilmente, mi maestro y yo. Lo que creía chifladura de viejo maniático, aquel manuscrito de Flores Villarroel que no iba a decirnos nada nuevo, adquiría ante mis ojos todo su real valor y su importancia. Yo mismo, que me había permitido el lujo de ser escéptico, trabajaba incansablemente en la compilación de notas. Don Manuel pensaba editarlo en forma tal que honrara su nombre. Era de ver la pasión con que compilaba Garcilaso y Cieza de León, todos los relatos y los clásicos todos de la conquista que le eran tan familiares.

Me retiraba yo, terminada la diaria labor: copia de citas y referencias y comprobaciones, manejo riguroso de fechas y datos positivos y siempre, al irme, tenía la sensación de que allá, sobre la mesa de trabajo, dejaba una montaña inaccesible. Pero don Manuel no era hombre que se arredrara ante obstáculo alguno y solo, trabajaba más todavía. Cuando regresaba al día siguiente volvía a encontrarme con un nuevo montón de citas y concordancias hechas por don Manuel, robándole horas al sueño. Más de una vez estuve tentado de decirle:

—Don Manuel, ya Vd. no está en edad de estas fatigas sin provecho inmediato. Tenga Vd. calma y paciencia que todo andará bien, y su Flores Villarroel, admirablemente editado, verá pronto la luz.

Eso todo era inútil. Yo mismo, al hacerle una advertencia tal, habría creído arrebatarle el único e intenso placer que dominaba su existencia.

María Francisca le reconvenía sí, pero con el mismo resultado que yo habría obtenido.

Y sucedió lo inevitable. Aquel cerebro gastado por largas horas de vigilia y de estudio, aquel cuerpo débil y enjuto, no pudieron resistir el sobrecargo en la labor. Don Manuel había regresado de Europa para descansar. ¡Buena manera de descansar, aquélla!

No necesito ejercitar mucho la memoria para recordar la tarde aquella, del primer y terrible ataque de hemiplejía que le tuvo postrado, tullido, con una extraña y amarga mueca en sus labios. Tres años duró ese martirio, tal extinguirse, lento e implacable de una vida gastada. Don Manuel fué desde aquel día una sombra, un espectro de sí mismo. El entusiasmo por el trabajo, el mismo veneno que disgregó algunas fibras de su cerebro, se fué extinguiendo gradualmente. La labor se hizo lenta y fatigosa. Apenas se había ingeniado el modo de trazar retorcidos garabatos con la mano izquierda, y yo, durante esos tres años tuve que descifrar, pacientemente, aquella especie de escritura. ¡Y, entretanto, la publicación del manuscrito del jesuíta se difería cada vez más! Yo le había insinuado publicarlo tal como estaba, con las escasas notas que llevaba en sus primeros capítulos y dejar el resto, virgen de comentarios, al trabajo y a las anotaciones de quienes se hubieran creído capaces de continuar en la labor. ¡Si yo hubiese tenido fuerzas para ello!

Nunca lo hiciera. Aquel día don Manuel me habló severamente.

—Usted no me comprende, me dijo. ¿No sabe Vd. que ese manuscrito es mío, sólo mío, que yo lo descubrí, que gastaría las últimas fuerzas que me quedan por publicarlo como yo quiero? ¡O yo, o nadie, al menos mientras viva!

—Es quizás un egoísmo al que le lleva su excesivo amor por el estudio de algo que es realmente suyo. Pero, ¿y la ciencia? ¿Y el interés que despertará este manuscrito para que sea publicado cuanto antes?

—¡Al menos, mientras yo viva! — repitió.

Y no hubo modo de convencerlo y yo habría sido incapaz de insistir. Lenta, dificultosamente, seguimos en la labor durante los tres años que duró su martirio.

Escribía él por mis manos y yo le había llegado a ser indispensable.

¡Cómo le agradezco todo lo que hace por mí!, me dijo un día.

Y sus ojos que conservaban toda su nobleza y su mirar profundo, en medio de una cara trágicamente retorcida, focos de serenidad en la dolorosa mueca, me miraron llenos de agradecimiento.

Recuerdo el día del primer ataque de hace tres años largos, por una circunstancia que conviene encadenar en la sucesión misteriosa de vidas y hechos.

Surge un tercer nombre, una vida extinta, un desconocido que se interpone entre nuestras vidas. Recordaré siempre este nombre:

Alvaro Núñez.

¡Alvaro Núñez! ¡Alvaro Núñez, con qué inquietud te he evocado, con qué trágica persistencia pesas aún sobre mi vida!

¿Qué ignotos designios, qué leyes ocultas que jamás conoceremos, han ligado tu nombre y tu vida, tu pobre y oscura vida de soldado de hace cuatro siglos, al minuto más intenso de mi vida y a la existencia de mi maestro?

¡Alvaro Núñez! ¡Obsesión de mi vida, trágico espectro que vienes desde el Misterio, fantasma viviente, sí, yo te he visto, te he sentido, has mandado en mí, imperiosa e implacablemente, y he obedecido, ciega y fatalmente, Alvaro Núñez!

Uno este nombre, en la sucesión imprescindible de los hechos, al día del primer ataque.

Aquel día trabajábamos, como de ordinario, con todo entusiasmo, en la anotación del manuscrito del jesuíta y habíamos llegado precisamente a los dos o tres párrafos en que Flores Villarroel citaba el nombre de Alvaro Núñez, incidentalmente casi, como uno de los soldados de Gonzalo Pizarro destacados en la famosa expedición que tenía el doble objetivo de explorar militarmente el territorio y... apoderarse del mayor botín, en oro físico.

No daba más luces el jesuíta sobre este Alvaro Núñez, simple comparsa u oscuro actor, a mi entender, en las épicas jornadas de la conquista.

Hoy al releer el manuscrito, que ahora está en mi poder hasta que cumpla la promesa de publicarlo tal como don Manuel lo dejó, y recordando la noche terrible, he vuelto a poner mis ojos, una y muchas veces, sobre el nombre de Alvaro Núñez.

Veo el manuscrito, ligeramente arrugado en esta página y viene a mi memoria aquel triste día, prólogo de la catástrofe.

Discutíamos precisamente mi maestro y yo sobre este Alvaro Núñez y yo persistía en no querer darle importancia.

—¿Qué necesidad tiene Vd., don Manuel, le decía yo, de querer dedicarle una nota biográfica a este nombre? Si para Vd. es desconocido, a Vd. a quien le son familiares los relatos todos de la conquista, si no aparece en ninguno de los cronistas, ¿por qué ese empeño en querer detenernos aquí? Un nombre más, un desconocido, un simple capitán de fama anónima...

Era inútil querer convencer a don Manuel cuando se trataba de estos puntos de precisión histórica. Su susceptibilidad era tal que a poco de insistir temía atraerme su enojo. Y, nuevamente decidí no insistir.

—Es que Vd. no tiene idea de la importancia que puede revestir un simple nombre, me respondía. Lea, relea Vd. lo que dice el jesuíta.



Allí estaba, silenciosa, sin una lágrima, contrastando su figura de juventud, de triunfo de la vida, con las de las demás mujeres.

Y por vigésima vez releí el manuscrito confundido hoy entre mis papeles:

"...y el señor don Hernando Pizarro, aviendo tenido pruebas de confianza que diérale el capitán Alvar Núñez, natural de San Lúcar juzgó provechoso encomendarle una misión para ver si eran ciertas las notisias traídas por unos indios del lugar denominado Reque, que hállase en los señoríos de la costa diziendo tales indios que su Cacique y Señor poseía cuantiosas riquezas y oro mucho apilado en barras, e fízose así, partiendo dicho Alvar Núñez a Reque, dispuesto a informar a su señor si tales indios mentían, o desían verdad. Nunca lo ficiera don Alvaro pues jamás súpose dél por más preguntas e indagaciones e búsquedas que se mandaron hacer. Relatáronme años más tarde que dicho señor Alvaro en llegando a Reque prendóse de amor por una india hija del principal del señorío y della enamoróse de tal modo que su voluntad fué forzarla a hacer la suya a lo que en saviéndolo el señor del lugar dióle tortura y matóle sin que pudiera morir cristianamente en paz de Dios, Nuestro Señor e nada más se supo ni supe yo deste capitán de cuya apostura y valor hacíanse lenguas de alabanza muchos que le trataron en vida como a valiente soldado. Téngale Dios en gloria" ...etc.

—¡Alvaro Núñez!, repetía don Manuel. —¿No encuentra usted extraño que nadie hable ni sepa de él? Este Alvaro Núñez, agregó poniéndose intensamente pálido, — este Alva...

Y no habló más. En pocos segundos habíase tornado pálido, como si toda la sangre se le hubiera escapado de súbito.

—¡Don Manuel!, ¡Don Manuel! — grité.

En un segundo tuve la sensación de la tragedia. Era un ataque, un formidable ataque al cerebro, un desmoronamiento instantáneo, el fin... Acudí al otro lado del escritorio y hallé a mi maestro, sin sentido ya; el lápiz que tenía en la mano había hecho una especie de cruz, un garabato, al margen del manuscrito donde se hablaba precisamente del capitán Alvaro Núñez.

Creí muerto a don Manuel. Contemplo ahora ese signo misterioso trazado por el Destino, que a veces parece una cruz y otras veces tiene semejanza con el puño de una espada o con las llaves de sol que escriben rápidamente los músicos.

¡Qué momentos aquellos! Cuando traté de incorporar a don Manuel, su cabeza se dobló pesadamente, y los dos brazos cayeron a lo largo del cuerpo inerte.

Debí dar un grito de angustia, porque toda la familia acudió presurosa e iniciose inmediatamente el agrio desconcierto de ayes y lamentaciones, los gritos femeninos lancinantes y las lágrimas que tardan tan poco en venir a ojos de mujer.

Desde la pieza contigua, aferrado al teléfono, trataba, nerviosamente, de comunicarme con los médicos. Dábanme vueltas nombres y números de la guía y los segundos pasaban como siglos en la angustiosa espera. Pero veo aún, en medio del trágico dolor del momento, a María Francisca, exangüe, bellísima, erguida en el ancho portalón, aterrorizada...

¡Qué momentos aquellos! Y los tres años de martirio, ¿cómo olvidarlos?

Todo el mundo creyó muerto a don Manuel y con más razón yo, que presencié cómo su vida se deshacía entre mis brazos en un instante.

Sin embargo, imperceptiblemente, se inició la reacción.

El mismo médico amigo que, con la cara acostumbrada ya a estas circunstancias, me dijo gravemente: ¡No hay nada que hacer!, fué testigo de esta reacción insospechada. El movimiento tan solo de medio cuerpo, se iba acentuando débilmente. Un mes más tarde don Manuel estaba desfigurado ya para siempre; había adquirido todas las características de los hemipléjicos, y de sus labios retorcidos salían dificultosamente las palabras en el triste lenguaje que pronto aprendí a interpretar y traducir. Para las señoras de la casa esta salvación se había debido única y exclusivamente a la intervención de Nuestra Señora de Luján, invocada con urgencia suma. El médico me explicaba después que con todo, decía, era una suerte que el derrame cerebral se hubiera producido de determinada manera y no de tal otra. Citaba nombres técnicos.

Para mí, lo único que salvó a don Manuel, fué la fortaleza extraordinaria de su constitución física y sabe Dios si su recia voluntad que no pudo doblegar la muerte...

Después de una catástrofe así, que arruinaba planes y frustraba esperanzas, la labor se hizo nula. Pero apenas tuvo fuerzas y ánimo, don Manuel quiso proseguir en el trabajo de anotar el manuscrito de Flores Villarroel. Y a ello volvimos, con lentitud y paciencia de benedictinos; estaba escrito que esta obra no se completaría jamás.

En el curso de una de nuestras sesiones le recordé a don Manuel, pasados ya muchos meses, las circunstancias de su ataque y el signo extraño que su mano, crispada, trazara en el margen del manuscrito.

—Es extraño, dijo, pero sin darle importancia. En todo caso, he aquí un recuerdo, y un recuerdo triste.

* * *

Desde aquel día, Alvaro Núñez fué la preocupación constante del anciano, y en vano se devanaba los sesos, me hacía leer capítulos íntegros, no ya de Garcilaso o de Cieza de León; sino el relato mismo de Hernando Pizarro, minuciosamente, línea por línea, buscando un indicio que hubiera podido escapar a su portentosa erudición.

Mas todo fué inútil. Alvaro Núñez continuaba siendo una incógnita inquietante. Inquietante para don Manuel, conviene aclararlo, puesto que yo persistía en considerar a este malhadado Alvaro Núñez como una simple figura de segundo o tercer plano, un comparsa del vasto escenario histórico.

Dejemos en blanco el sitio en que iría la nota biográfica de Alvaro Núñez. Mientras tanto don Manuel escribía a España, hacía revolver los viejos archivos parroquiales de San Lúcar de Barrameda, indagaba, sostenía correspondencia epistolar con otros amigos suyos, dados también a las investigaciones; mas todo fué en vano. La nota seguiría en blanco. Alvaro Núñez continuaba siendo un misterio indescifrable.

¡Cuántas veces en aquellos tres años, don Manuel, con la doble terquedad del historiador concienzudo y la que dan los años a determinada edad evocaba a Alvaro Núñez con un pretexto o con el otro, no conformándose ante su impotencia para develar el misterio!

María Francisca, enterada del torturante secreto, se reía un poco de la preocupación del abuelo y ponía con su risa el contrapeso humorístico en una cuestión tan seria.

Un día, bromeando, dije a la encantadora María Francisca algunas frases más dulces que los piropos y las leves galanterías de costumbre. Al verla, al tenerla cerca de mí, toda juventud y alegría, oliendo a jabón, a limpieza, a frutas, a carne joven e incitante, me olvidaba de la Historia y de sus graves problemas. Y, aquella vez, mientras terminábamos el te, nuestra conversación se encaminó decididamente al terreno que las gentes han dado en llamar "flirt" y que en buena cuenta se reduce a cubrir con frases vanales y cumplimientos algún sentimiento que no se atreve a salir sinceramente.

Debo advertir, y hablo aquí con la rigurosa precisión del historiador, que la divina María Francisca jamás tomó en serio mi naciente amor. Quizá ni yo mismo... Cuando aquel flirt llegaba a un momento en que las palabras exigían respuestas y actitudes definitivas, o sea que las perífrasis y los rodeos debían convertirse en la conversación de dos que se quieren y están a punto de decirlo, María Francisca sabía cortar con alguna salida ingeniosa, con un toque de "esprit" y de gracia las situacio-

(Continúa en la página 7)

Los Ojos Entornados

por **Salvador Irigoyen**

(Colaboración especial para CRITICA)

DESDE que desaparecieза Paulo el zapatero, como ingerido por la tierra, suculento, sin duda, de vinazo y pegote, el muchacho habíase sentido desasosegado por una vaga y seguidora pena.

Desde antes de roérsele los fundillos a sus primeros pantalones largos, cruzaba, precozmente serio, en silenciosos o monosilábicos paseos, con el "scarparo", las barriadas democráticas, donde moraban ambos, de desestucadas casuchas y de aceras en verano bulliciosas como ágoras.

El zapatero marchaba — las manos asidas a la espalda, el pecho marcialmente comba. ›, con pueril prosopopeya de borracho pundonoroso. El borsalino, erectas las alas laterales hasta alcanzar, abarquilladas, la verdinegra copa; la expresión solemne y expriméndose entre los labios, como abstraído, el bigote nietzcheano, impregnado aún de homicida campeche.

De pronto, una taberna regurgitábales; al enfrentarse a ella, su luz y su vaho. Paulo miraba al harapiento muchacho que, de estirón en estirón, iba sobrándole ya en altura; y, poseído por extraños escrúpulos, deteníase súbitamente. Carraspeaba como en el prohemio de alguna romanza. Y acentuando en la simulación su lírico empaque racial, señalaba el fugaz espergeo feérico de un relámpago en el cielo, para proclamar alarmadísimo:

—La tempesta si avvicina! Ti prego, ritorna, caro. Voglio scusarmi con i compagni—agregaba indicando la taberna — e anche io ritorno, Questa notte desidero dormire."

El muchacho, comprendiendo, abandonábalo al demagógico y báquico ágape. Y cuando se le ocurrió retirarse, argumentando con sus diez y ocho electorales años, su derecho a la partida de cartas y al trago que la espacia y la remata, el zapatero, con el gaznate abrasado, cedió, en un gesto híbrido, con el cual, al mismo tiempo que parecía declinar toda responsabilidad en el asunto, que recaería, entonces, sobre el Estado, daba también la impresión de un doloroso sacrificio, de arriesgadas convicciones particulares, hecho en aras de la inalienable libertad ajena.

Una vez dentro, y luego d l primer largo sorbo con que irrigaba "prima facie" su resquebrada y sahárica garganta, volvióse aún hacia el muchacho

—"Guarda, Enrico, ti sei ragazzo. E questo, questo... — finalizaba, forzando heroicamente la comisura de sus labios en una mueca de repulsión, hecho al empinarse el resto de brebaje — questo é cicuttal".

Y así, tras el respaldo de la silla de Paulo, desde donde siguió durante una temporada de noviciado las alternativas del juego, pasó Enrico a ocupar un asiento en torno a la mesa, sobre cuyo hule iba dejando el vino rebosante de las copas y las medidas, sus cárdenas roseclas.

El zapatero no prolongaba más de la media noche la compañía de Enrico.

El mismo, en épocas normales, solía limitar por esa hora sus andanzas nocturnas. Salvo cuando sin trabajo, intranquilo en su camaranchón, temiendo que el descontento de sí mismo y de la vida hiciera crisis en la soledad; rehuyendo encontrarse a solas con su miseria y sus viejas hormas ociosas, entonces no imponía a sus andanzas solución de continuidad hasta la mañana siguiente y casi por descontado que en la comisaría.

Disputaba en la tribuna libre de los mostradores; hacía en torno a las mesas de juego, desde la barra, la crítica negativa — cizañante y mordaz — de las jugadas; revela constantemente, con birladas de meñique o participaciones tardías de pulgar, los finales de murra; servíase, con gesto de gran señor, del vino de las copas ajenas y, sosteniendo "in voce" la teoría que postula un estrecho paralelismo entre el comer y el beber, hartábase de lupines.

Juraba luego desde la puerta, prosiguiendo su marcha y dirigiéndose a sus recientes contertulios, reintegrarse a la lezna sólo para sacarse el gusto de trabajarles el pellejo.

Sincopada por los eructos, algún aria de ópera, preferentemente "Ride Pagliaccio", pugnaba al rato en sus labios por mechar el silencio nocturno. Utilizaban, también, como todos sus congéneres báquicos, con frecuencia, una de las conquistas de la literatura moderna, el monólogo, la introspección.

Mas, a veces, derivándolo de algún recitado que se le ocurriera de pronto, dábase a sí mismo, en un pintoresco juego de ventriloquía, un interlocutor de no pocas campanillas.

¡Dio ladro!: Questa, te lo digo io ¡io! e la più concettosa e giusta definicione, de vostra paternità:

E la no conocenza vostra per il huomo dolente segnifica o putacchiare...

Un accidente topográfico o el mismo impulso del apóstrofe, daba en tierra con el blasfemo.

No logrando ponerse de inmediato en pie, seguía desde su posición, entre breves descansos y esfuerzos fallidos, la blasfémica farsa.

Abaritonando más su voz aguardentosa, simulaba otra de los cielos:

—¡Paulo, Paulo!

Alzando el busto trabajosamente sobre las rodillas, fingía un trueno de escenario y caía como cegado.

—¡Paulo, Paulo!

—Parla signore. Me avete conosciutto. Sono effetivamente io: Paulo... Benissimo... Di oggi avanti lagglarei la idea e le scarpi per entrare a vostro servizio

—¿Li otto ora?

—¿Il sabato inglese?. Discarícari di aquella cura, signor... En me se ha fatto la luce:

—Di sole a sole... E il pagamento... en indulgencia per mia vita de disipacione...

—¡Paulo, Paulo!, remedaba simiesco.

—Sí, io sono Paulo.

—¿Il Caballo? Se me sfutta dei cavallo! Sono peatone... Ma benne... E morto i han fatto con el cerveliata i vostro leali...

—¿Più ancora? ¿La lancia? ¡E cuf, cuf! ¡Dio imbecile! ¿La vedi?

—Ma finisie, signore. ¿Qué voletti de me? ¿Una pizzicata di rapé?

Buscábase trabajosamente en los bolsillos.

—Ma spetta... spetta, io sono Paulo... Ma no de Tarso, vecchio peccicaune... Io sonno Paulo, Paulo Cuarterola, compagno di Malatesta. Anárchico. ¿E tê? Perdona... ma me sembra que te sei l'autore della standardizacione dei calzatto... propulsore de la machinaria...

Parla, parla... que te e conosciutto. ¡Sputa sangue! ¡¡Te sei Pietro Damiani!!

En el paroxismo de la borrachera se resistía, enérgicamente, a los guardias, negándose a recorrer lo que él consideraba el claudicante camino de Damasco.

La última vez que Enrico vió al remendón fué al morir el viejo Giovanni de una infección de tétanos.

Después de la patética agonía en la que, de pronto, el enfermo se yergue rígido, adopta el paso alemán y avanza un metro, dos, para caer luego definitivamente; después de cumplida ella, yacía el viejo Giovanni, muerto, sobre su camastro. Una hija, gimoteante, extrañadamente agitada, salía y entraba de continuo del cuartucho mortuorio, en un rincón del cual, inclinados en silencio, los codos sobre las rodillas, la cara en las manos, como cariátides desplazadas, permanecían el zapatero y el muchacho.

Cual un aberrojo atraído por la luz, entró, zumbón y bullanguero, ya avanzada la noche dominical, un compinche del muerto.

Bajo la axila, tiernamente oprimida, traía una botella. Puesto en autos del acontecimiento, mostróse escéptico, tendiendo, a guisa de prueba, campechanamente la botella al difunto. Lo incitaba a beber y a dar por terminada la farsa. No obteniendo inmediata satisfacción a sus deseos remojóse su inventiva con un trago, dejó la botella cuidadosamente junto a la almohada del cadáver y dióse en punta de pie y cuchicheando, a la tarea de hacer abandonar la habitación a los dos amigos, para que el muerto se sintiera así con plena libertad para empinar el codo.

Al fin logró llevárselo el zapatero. Y no había vuelto éste.

Por los ojos del muchacho, con la nostalgia del amigo perdido, en cuya muelle amistad esperaba, no sabía bien qué gran acontecimiento vindicativo del que solía el zapatero hablarle vagamente, pero con gran fe; por ellos, cruzaba de vez en vez, fugaz como un gato por una cornisa y en una lágrima, el dolor y el odio de toda su clase.

Recordaba, cómo, durante una anterior desaparición de Paulo, volviéronse a encontrar.

Se había sentido, de súbito, una mañana fuera de su casa, sumándose a otros hombres que afluían de todos los puntos cardinales. Iban descamisados, febricientes, confundidos cien acentos en un solo jadeo, hacia un vasto rumor que, inmóvil primero, después cambiante, activo, íbase concretando hacia el Norte.

Se le hermanaban más y más hombres en la marcha. Eu rumor era ya un monótono tiroteo que activábase, de tanto en tanto, en fuego como de cortina. Desembocaron por una gran avenida, donde las llamas, a tumbos, como larvas, íbanse irguiendo sobre restos de tranvías despanzurrados.

Una gran columna había pasado, lenta, rítmica, descubiertas las cabezas, tostada de sangre y de polvo; cien, mil manos, se reemplazaban pugnando hacia las asas ensangrentadas de los ataúdes proletarios. Y se mellaba, en la parsimonia de su marcha, en su lentitud heroica, el fuego mercenario que eructaba, desde las azoteas, como bicarbonatizado de miedo y crimen.

La retaguardia de la caravana que engrosó el núcleo donde formara Enrico, había perdido contacto con el grueso de aquella.

Desde la azotea de una iglesia del trayecto, se había hisopado con fuego a los ataúdes y a la columna obrera en trance de dar sepultura a sus muertos.

Un hombro, formado de mil en avalancha, hizo rechinar y ceder la labrada puerta del templo y empezó el oficio religioso por las almas de los caídos.

A mamporrazos, santos y santas descubrían su deleznable yeso, llenando, a poco, el espacio del templo del blanquecino polvo de molienda de la trizada estatuaria beata.

Por un ventanón de la iglesia cayó a la calle, con gran estruendo, un inmenso y gimiente armonio, seguido de toda una heterogénea cacharrería. Las primeras llamas de la hoguera, de continuo avitualladas desde las alturas, hicieron saltar discretamente el blanco enlozado de un irrigador. El humo había ahuyentado al muchacho del templo hacia los fondos del edificio. Relegadas las mangueras por los fusiles, una dotación de bomberos se acercaba, descendía ya frente al edificio en llamas. Tuvo sólo tiempo de ver cómo desde las habitaciones altas, en un revuelo de sotanas en ofensiva, sonaba un disparo y caía ensangrentado un rapazuelo que habíase empinado sobre sus pequeños pies para alcanzar la canilla de agua donde sorbía ávidamente.

Lo empujaron más hacia los fondos. Fué allí donde encontróse con Paulo. Silencioso el zapatero esperaba. Inclinó junto a la pared su espalda é invitólo a saltar sobre ella. Luego hízolo él ágilmente. Alejáronse juntos, entre voces de ¡alto! y disparos de fusilería.

Al caer la tarde, las manos en los bolsillos, el paso calmo, surgieron por las afueras donde vivía el remendón.

La ausencia de Paulo había hecho incorporar en el muchachón uno a uno, todos los recuerdos; sentíalos dentro de sí desperezarse, somnolientos todavía. Hasta que por su acción de presencia evocativa, amplióse su nostalgia del remendón a todos los desconocidos compinches de tumulto.

La imagen vívida de la mujer pelirroja, descrenchada de vindicaciones y furia, incitando a un lote de hombres a la destrucción y el incendio, salamandra de la revuelta, crispaba sus tumultuosas evocaciones.

Sintió cómo la roja nostalgia de todo aquello, que la amistad y la presencia del remendón había hecho permanecer latente, surgía borbotando por su h rida de ausencia; apremiándolo hasta el insomnio el anhelo de reanudar con aquellos hermanos tácitos, desconocidos, el vínculo de la revolución.

Y fué esa la primera noche que la taberna cerróse tras él.

Tumbado vestido en su miserable jergón, insomne largo rato, durmióse al fin. Soñando que los millares y millares de hombres que, como él, tirábanse por la noche en sucios jergones, no dormían como el resto ahito de los mortales: Velaban con los ojos, de largas pestañas, entornados. El oído insomne, sutil, pegado al suelo, siguiendo ladinamente un rumor que parecía acercarse, se alejaba después, atenuado, lejos; desaparecía por momentos, volviendo pujante, casi geológico.

Esperaban su gran "crescendo" para hallarse otra vez en la hermandad del asalto, Y aligerar definitivamente sus hombros de la opresión y su alma del odio.

Y hallaríase sin duda, a la lumbrarada del primer incendio, con el remendón.



El zapatero marchaba con la mano a la espalda, el pecho combado...

El Suero Que Faltaba

por **Vicente D. Sierra**

(COLABORACION ESPECIAL PARA "CRITICA")

LA muerte de mi amigo John Fairbanks, aquel simpático yanqui de Arkansas, caído, Dios sabe porque vueltas del mundo, entre nosotros, me ha llevado a considerar seriamente el problema de los médicos especialistas. Y declarar que constituyen una especie mental que puede conducirnos a un peligroso estado de locura colectiva.

En general los médicos son gente encantadora, que ayudan a bien morir y no tienen, en sus remedios, más fe que la necesaria para recetarlos sin mayor cargo de conciencia. "Tome esto — dicen — y vamos a ver como va. Si no le va bien le daremos otra cosa". (Los médicos siempre dicen "daremos", en un plural, que hecha la responsabilidad sobre toda la medicina habida y por haber) y así da gusto, porque el que ¿a tiene que curar se cura.

Y así como para curar a un loco nadie llama a un filósofo para que sostenga con él una razonable controversia, sino que se le aplica un buen baño — procedimiento antilógico — es inútil intentar convencer a un especialista de los riñones que el paciente murió del estómago. Pero aun no hay baños para especialistas, y he aquí el peligro que ellos entrañan.

Y no se crea que decimos estas cosas convencidos de haber realizado un gran descubrimiento. Los mismos especialistas se han dado cierta cuenta de ello. Todos sabemos que los locos tienen una extraña facultad de descubrir la locura en los otros; facultad muy desarrollada en los especialistas. Cuando el que supone que la bilis es el causante de todos los males que sufre la humanidad, se encuentra con el que cree que esos males no tienen otra causa que el jugo gástrico, exclama: "¡Está loco! El jugo gástrico no tiene ninguna influencia perniciosa. Por el contrario, contrarresta los efectos de la bilis, que es el gran enemigo de la humanidad". (Y hay que ver cómo el del jugo gástrico se refiere al otro!).

Y bien, mi amigo John Fairbanks se contagió de los especialistas, cosa no rara ya que la locura es una enfermedad infecto-contagiosa; característica que se comprueba al visitar un manicomio. ¿A quién no le ha pasado ponerse a hablar con un médico del establecimiento convencido de que lo hacía con un asilado, y salir saludando a un asilado que nos ha convencido que era médico de la casa? Y no es para sonreir, y sí para meditarlo seriamente, ya que puede llegar día en que los pocos cuerdos que queden sean encerrados por atacados de una demencia peligrosa: la de creer en los milagros. Porque, repito, nunca el mundo es más lógico y razonable que en la mente de un loco.

Actualmente la locura más común y desarrollada es la de los sueros "anti", y tan es así, que antes se podía decir: "Se murió de la tifoidea"; y ahora: "Ha visto el pobre se murió de la inyección contra la tifoidea".

Fué por una larga y extraña concatenación de cosas que John Fairbanks llegó a creer en los sueros. Recuerdo que la fabricación de automóviles Ford le había llevado a la idea de una humanidad "standard", y en el fondo sospechaba que los norteamericanos constituían el producto de una fábrica celeste más perfeccionada que la que producía argentinos, españoles, italianos o rusos. John era metodista, que como ustedes saben, son unos señore. tan convencidos de que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza que creen que la misión más grande que tiene es la de hacer metodistas; delicioso producto "standard" que sólo se da en Norte América. Y como en el mundo hay negros y amarillos, he aquí que John llegara a pensar que los norteamericanos eran el más perfecto producto humano fabricado en las grandes manufacturas del Mister Ford de los Dioses.

Poco antes de su primera desaparición de nuestros círculos, John nos llegó cierta noche bajo un estado de preocupación alarmante. Se sentía inquieto, nervioso. Y es .ıe acababa de ser víctima de un terrible desengaño. No era afecto a los médicos que parecen ensayar remedios en los enfermos, y convencido de que debe existir algo que asegure la vida humana, así como el empleo de buen aceite, nafta filtrada, buenas bujías, etc., asegura la de un automóvil, John se había hecho ferviente partidario de la homeopatía, en la que viera el remedio que buscaba.

¿Ustedes no saben que es eso? Es una serie de frasquitos, cada uno de los cuales contiene una cantidad de grajeas destinadas a curar una enfermedad. Un verdadero metodismo medicinal. Cada grajea contiene el virus de una dolencia, que al ser ingerido produce el efecto de vacuna, y cura a los enfermos. Es explicable que quien sufre de las muelas no debe tomar las grajas de la escarlatina, porque no se cura los molares y corre el riesgo de pescar esta última enfermedad

Y a John le pasó algo inaudito. Había llegado demasiado achispado a su casa aquel 4 de julio, y en la embriaguez no se dió cuenta de lo que hacía, y se deglutió todas las grajeas de su nutrido botiquín de hemeópata.

Cuando al día siguiente se dió cuenta de lo sucedido, decir que palideció es hacer una pobre descripción literaria de su estado. Se preparó para morir. Mejor dicho, hizo esfuerzos para morir... pero no pasó nada. Su desesperación fué tan grande que estuvo a punto de volverse cuerdo cuando por su cerebro pasó la serena idea de un posible milagro. Pero ¡qué! El pobre amigo no tenía cura. Aunque no le dolía nada; aunque le dolía el que no le doliera nada, su estado alarmó a la dueña de la pensión en que vivía, y diligentemente llamó a un médico.

Y fué aquel médico quien terminó de matar a nuestro pobre John. Porque era un especialista. Si en lugar de explicarle al galeno lo sucedido, John se lo hubiera explicado a la patrona, es probable que el hombre hubiera curado de su locura, porque la buena señora le habría convencido de que el hecho de no morirse se debía unas promesas hecha por ella a la virgen de Pompeya, por la salud de sus pensionistas; pero no lo hizo así, y el médico al oirlo lanzó una escalofriante carcajada.

—"Pero, amigo, estoy de acuerdo con usted en que las vacunas curan, pero estas son grajeas de azúcar. Las vacunas tienen que ser a base de sueros, que es preciso producir de manera que entren en el organismo para producir anticuerpos...".

Para qué seguir. El caso es que cuando John llegó a nuestra tertulia bajo un estado de preocupación alarma. ›, tenía razones poderosas para ello. Aquel médico le había convencido de que el hombre necesitada tener, además de ‹ ›rpo y alma — como él creía - anticuerpo. Y sospe.ho que el anticuerpo era para él como el conjunto de sabias leyes que constituyen la grandeza de Estados Unidos, defensa del cuerpo social. Y así llegó a una conclusión: el hombre perfecto debe tener un cuerno nacido en Norte América, un alma metodista, y un anticuerpo democrático como la Constitución de Wáshington; que elimine del cuerpo los elementos perturbadores del orden fisiológico.

Pasó el tiempo. Habíamos ya olvidado a John, desaparecido del todo de nuestra tertulia y de nuestr. memoria, cuando cierta noche invernal le vimos aparecer. Era un espectro; una sombra del John de otros días. Al huir la carne de sus huesos habíase espiritur'izado la figura, dando la sensación de un hombre que huía constantemente de sí mismo, en una desintegración molecular que terminaría con el último de sus pedazos; algo así como una multitud que se disgrega.

No pude menos que exclamar: "Pero John, usted se está muriendo!".

Me miró profundamente mientras sus labios desdibujaban una sonrisa compasiva.

—"¿Morirme yo? No amigo. Soy un hombre completo, que tiene su anticuerpo. Usted morirá antes que yo... si es que yo puedo morir. Porque usted sabrá que soy inmune. Mire — me dijo, tomándome febrilmente del brazo — diariamente me paseo por las salas del hospital Muñiz, toco las pústulas de los leprosos, entro en las salas de los enfermos con las más terribles enferm 'ades contagiosas, y... como si nada. Mi anticuerpo me defiende".

Y me explicó todo. Convencido por aquel especialista, se dedicó a profundizar en la cuestión sueros, y comenzó a vacunarse por todas las vías posibles.. Los antitíficos, antidiftéricos, anticoléricos, los polivalentes y los que no lo son, comenzaron a penetrar en el cuerpo de nuestro amigo, quien salía de la fiebre de una inyección para penetrar en la otra, hasta que, al parecer, hubo agotado todo el arsenal "anti" de que tuviera noticias. No me sorprendió entonces su estado.

Cuando salimos del café, la ventisca invernal obligaba a abrigarse, máxime por el cambio brusco de temperatura entre la casi hogareña del café y la desolada de la calle. John ni se preocupó. "Abríguese, hombre", le dije.

—"Bah! Para qué? He tomado el suero contra la bronconeumonía y contra la pulmonía".

Lo cierto es que, dos o tres días después, John me llamaba a su lecho de enfermo. Se encontraba en estado gravísimo. Un médico que lo había revisado, por cierto contra su voluntad, pero por no contrariar a la dueña de la pensión, declaraba que se trataba de un caso extraño: "Se trata de un enfriamiento — decía — sumamente raro. Tiene pulmonía, pero los pulmones están sanos; tiene bronconeumonía y en los bronquios no hay ningún rastro".

John sintió que iba a morir, y en un esfuerzo último, me dijo: "Ya lo ves, muero por faltarme un suero!".

—¿Cómo? ¿Otro?

—Sí. ¡El ıero contra la muerte!

NOTA INFORMATIVA: El médico ‹ › lo atendiera en los últimos m mentos ha sido internado en un mani‿omio a raíz de haber presentado al Instituto de Médicos un informe relatando el caso. El ' ıbre decía en su escrito: "Trátase de un caso original, pues ha muerto de bronconeumonía y pulmonía, teniendo los pulmones y los bronquios sanos. Yo no lo entiendo. Es un verdadero milagro". Al recibir este informe se reunió el Instituto declarando al autor loco de remate por afirmar que se trataba de un milagro. La asamblea pasó luego a deliberar la verdadera enfermedad de John, dividiéndose en tantas opiniones como especialistas la formaban. Si bien se ha informado que el caso sería estudiado en los laboratorios, lo cierto es que la reunión terminó a gritos, que cada opinante era llamado loco por el resto y que al final cada uno quedó convencido de que el mal per: ıecía a su propia especialidad.

Como ustedes saben, el único que estaba en lo cierto fué el galeno que dijo que era un milagro, el que a estas horas desgarra paredes acolchadas en las Mercedes, y le ha dado la locura por afirmar que todos sus colegas son los que están locos.



Como un abejorro atraído por la luz, entró, zumbón y bullanguero, ya avanzada la noche, un compinche del muerto... (Ilustraciones de Bernabó)

LAS RANCHERAS QUE PEGAN.

UUYYYYY

PIEDRA LIBRE

DON RICARDO, ¿ME PODRÍA PRESTAR DIEZ PESOS HASTA QUE COBRE MI MARIDO?...

La manguera

En la palmera



(Dibujos de Alfredo Yérmoli)

ACABA DE APARECER

¿HAY UN PLACER EN TRABAJAR?

ANTE un libro que ostenta en su portada, en gruesos caracteres, la siguiente inscripción: "El placer de trabajar", la curiosidad tiene que sentirse pronto excitada. ¿Se trata de un panegírico del trabajo por el estilo de los que para los demás han inventado algunos plutócratas norteamricanos? ¿Se trata de una sincera expresión de la humildad? ¿Se trata de una ironía? El interés se aviva y las manos abren presurosas el libro.

Nada de lo que presumíamos: nada de panegíricos de poderosos satisfechos, nada de satisfacciones humildes, nada de bromas; pero algo mucho mejor que todo eso: una escrupulosa indagación entre los obreros de sus propias impresiones en su trabajo. He aquí el libro de Henri Mann, ahora traducido al español para la biblioteca de ideas y estudios contemporáneos del editor M. Aguilar.

En Francfort-sur-le Main, allí donde nació Goethe, funciona una Academia del Trabajo anexa a la Universidad. En ella reciben instrucción profesional y general los obreros. Henri Mann es uno de sus profesores. Instigado por el deseo de averiguar las condiciones de trabajo de sus alumnos, el profesor promovió una encuesta entre ellos. Le respondieron por escrito 78, de los más variados oficios, desde el modesto peón hasta el calificado impresor o el músico de banda. Todos dan detalles precisos de su trabajo y manifiestan si sienten en él algún placer o no y por qué causa.

Henri de Mann ha Hecho una Interesante Encuesta Entre Obreros

Con todas las respuestas a la vista, el profesor hace un estudio de conjunto que le permite inducir algunas generalidades lícitas. Claro que se trata de un número insignificante de documentos para elevarlos a la categoría de estadística. ¿Qué importa la opinión de 78 obreros entre los millones que pueblan el mundo? Pero el autor es bastante discreto como para no creer que con su encuesta reducidísima resuelve el problema de las condiciones necesarias del trabajo obrero: apenas (como él mismo lo dice) lo plantea.

Plantear el problema de las condiciones comunes del trabajo en la gran industria contemporánea. He aquí el intento y el mérito de H. de Mann en este libro. El autor observa que los obreros se quejan sistemáticamente de tales o cuales hechos, de tales o cuales personas y, en cambio, alaban tales o cuales otras. Puede deducir, pues, un principio de condiciones favorables y adversas para el trabajo. Las deduce y las define como principio de una amplia investigación.

No pretenderemos dar cuenta en esta nota de las deducciones de Henri de Mann. Podemos, sin embargo, subrayar las observaciones más comunes en los documentos que el autor ofrece, es decir, en las declaraciones de los propios obreros.

Se nota, en efecto, un general aumento de placer en el trabajo a medida que la ocupación es más técnica, más precisa y más responsable. Si el obrero puede tener iniciativa, especialización y responsabilidad en su faena, rara vez denigra su trabajo.

Todos reclaman también, como factor favorable, la riqueza y modernidad de la maquinaria y útiles y la higiene y comodidad de las fábricas, talleres y anexos. Contribuyen al placer de trabajar, así mismo, las vacaciones anuales de no menos de diez días, la camaradería entre los obreros y la conciencia de clase manifestada en la afiliación común a los sindicatos respectivos.

Lo que todos los interrogados repelen enérgicamente es la incompetencia, la petulancia y el rigor excesivo de los superiores, sobre todo, de los superiores inmediatos, o sea de los capataces. Es curioso el caso de un obrero que refiere cómo en su taller aumentaba automáticamente la producción cuando el capataz estaba con licencia.

La curiosidad queda, pues, satisfecha con este libro. Es, sin duda, un valioso aporte al estudio de las condiciones del trabajo, que en otros pueblos preocupa a las cabezas mejor organizadas y entre nosotros se toma todavía como la filosofía y la filología: a la violeta.

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

Jean Paul nos Informa de su Ultimo Viaje a Europa

El reputado crítico nacional Juan Pablo Echagüe, más conocido por el seudónimo de Jean Paul y que a medida que va entrando en años parece más prolífero, acaba de publicar un nuevo libro, titulado "Artes en función" y dedicado a informar sobre múltiples aspectos del teatro europeo antiguo, medioeval, moderno y contemporáneo.

La génesis de este libro implica un acto de honestidad ejemplar en su autor, que conviene destacar antes que nada. Se trata de lo siguiente:

El señor Juan Pablo Echagüe era desde hacía años catedrático en un colegio secundario porteño y en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación. En 1927 resolvió trasladarse a Europa por un tiempo. Solicitó del Ministerio de Instrucción Pública la licencia correspondiente, ofreciéndose además para estudiar "ad honorem" la organización de los teatros y conservatorios europeos. Obtuvo la licencia y se aceptó por decreto su gentil ofrecimiento.

Jean Paul

Ya en Europa, empezó a cumplir su cometido, entregándose al estudio de las leyes, los decretos y las reglamentaciones del arte dramático en general. Como el plazo en que pensaba concluir su trabajo no le fuese suficiente, solicitó una prórroga en su licencia. No obtuvo respuesta. La solicitó de nuevo: tampoco. Creyó que "quien calla otorga", y siguió trabajando, feliz con poder enterarse de muchos cosas que en su patria serían útiles luego, sin duda.

Finalmente, regresó a la patria. El gobierno nacional estaba en otras manos. Se fué a su colegio a reanudar sus funciones de profesor... y se encontró con que un decreto oficial le había nombrado reemplazante.

El señor Juan Pablo Echagüe transcribe en su libro ese decreto inicuo. No nos enteramos bien de quién es su autor, pues lo firma Alvear con refrendo de Ortiz, pero está fechado en el 23 de octubre del 28, cuando ya Alvear no podía firmar decretos válidos. Cualquiera que sea el autor, no deja de ser una felonía. Era como para sublevarse.

En vez de sublevarse, el digno catedrático echó una mirada compasiva a los ricos originales que traía de su estudio en Europa. ¿Qué hacer con ellos? Si a él lo habían reemplazado en sus cátedras, mal querrían ahora editarle oficialmente un libro, que sin embargo, tenía el encargo oficial.

Lo mejor era dar un paso más en el terreno de la dignidad a que con mayor fuerza obligaba la desconsideración. Juan Pablo Echagüe resolvió, pues, publicar por su cuenta el libro, que es precisamente este que tenemos presente, recién editado por Gleizer en amplio volumen de 260 páginas y formato mayor.

Nadie dejará de asociarse a la indignación que al señor Echagüe le produjo oportunamente la insólita zancadilla oficial. Pero aquello pasó. Ahora hablemos del libro.

Está dividido en cinco partes. La primera trata de "Los teatros y la enseñanza en Francia"; la segunda, de "La enseñanza de la música en Alemania"; la tercera, de "El teatro en Inglaterra"; la cuarta, de "La censura teatral", y la quinta, de la "Decoración y mise en escene", completada con una conclusión general.

Depende de la fe intelectual que se haya puesto en Jean Paul la estimación que se dé a cada una de las cinco partes de este libro y a las cinco en conjunto.

Supongamos que el lector no conoce al distinguido crítico o lee el libro sin advertir quién es su autor: será muy poco o nada lo que aprenda en el libro, bien porque conoce desde la escuela elemental la mayor parte de lo que en él se dice (y acaso algo más), bien porque el autor ha discutido su arte y, entre copiar textualmente un largo decreto o dar referencias vagas, no comunica lo poco nuevo que tiene que comunicar. Pero este lector no sufrirá congoja. Dirá: un libro más y a otra cosa.

No es ese nuestro caso. Nosotros sabemos que el libro es de Jean Paul y conocemos al autor. Esperábamos de él (teníamos indiscutible derecho a esperarlo) un libro que contuviese algo de lo siguiente: una información viva del arte dramático europeo actual, tan rico en ensayos, tan promisor; de no ser posible eso, una información formal del mismo teatro; de no ser posible eso tampoco, una información viva del teatro tradicional; sino, una información formalista del mismo; sino, un resumen de las mil historias teatrales que corren por el mundo al alcance de cualquiera; sino, un resumen de los artículos enciclopédicos al respecto, que venden la erudición como en ferias francas; sino, en fin (no podíamos hacerlo por menos) un libro correctamente escrito, nada más, aunque no fuese más que lo que es: un abaratamiento de la enciclopedia barata.

Pues bien: nada de eso hallamos en el libro de Juan Pablo Echagüe. Véase un detalle, no más: el autor (sin necesidad real alguna, por otra parte) hace como un compendio a vuelo de gorrión de la evolución europea del arte dramático. Recuerda a Grecia (con impropiedad, dicho sea entre paréntesis), recuerda a Roma, a Italia, a Inglaterra, a Francia, a Rusia, a Dinamarca, y de España no habla una sola palabra, ni una. Quiere decirse que de su compendio queda afuera una de las tres patas de la mesa. Las otras dos son Inglaterra y Grecia.

Nos sobran motivos para apenarnos y nos apenamos sinceramente.

"El Burlador que no se Burla", por Jacinto Grau

Ed. Mundo Latino. Madrid

El fuerte dramaturgo español Jacinto Grau ensaya en esta nueva pieza teatral suya una visión original del clásico Don Juan. Es un Don Juan (así cree el autor que quiso ser el auténtico, el de Tirso) incapaz de amar, no frío, como el de Kierkegaard, pero tampoco sentimental, como el de Zorrilla. Dice una de las jovencitas que actúan en la obra, refiriéndose al aventurero personaje: "Me parece verlo pasar aprisa por las calles, escapándose sin dejarse coger nunca, como la felicidad". ¿Fué Don Juan para las mujeres la felicidad? No lo deja entrever así su creador. De todos modos, Jacinto Grau dramatiza coherentemente su visión, y crea un personaje interesante.

"Pro y Contra", por Enrique Méndez Calzada

Ed. Jesús Menéndez. Buenos Aires, 1930

En carta abierta que va dirigida a don Francisco Ortiga Anckermann y que prologa el libro, se excusa el autor de publicar este volumen y de haber publicado los nueve anteriores que le conocemos. En concreto viene a decir: quiero ser escritor, y me ejercito.

MENDEZ CALZADA

Todo escritor honesto se ha planteado alguna vez el problema de la ampliación del caudal libresco humano. Habiendo en el mundo tantos libros, ¿valdría la pena publicar uno más? Es el problema que se plantea Méndez Calzada. No cabe duda de que le da una solución ingeniosa.

He aquí pues, un aprendiz de escritor. No es espectáculo frecuente hallar un aprendiz de escritor con diez libros por delante. Tampoco es frecuente hallar un aprendiz de escritor. Todos se creen salidos de una pieza, como Minerva de la cabeza de Zeus.

Pero Méndez Calzada es algo más que un aprendiz de escritor: es también un aprendiz de pensador, cosa más difícil de hallar todavía. Prueba al canto, el sólo título de éste, su décimo libro: "Pro y contra", es decir, nada de dogmatismos, nada de soluciones definitivas, una perenne indagación, una constante actitud problemática, según la más pura tradición del pensamiento, según la tradición de Sócrates.

Quiere decirse que estamos en presencia de una obra y de un autor que no son el plato diario de la literatura local, tan indiscreta por lo común. Estamos en presencia de un hecho literario honesto. Méndez Calzada no se desploma sobre nada ni sobre nadie: viene y dice su palabra. ¿Verdad? ¿Error? Lo que sea. Siempre lo será sin avasallamiento, ingenuamente, con cabida para la oposición.

De aquí un humorista auténtico. Ya habrá advertido el lector, efectivamente, que la actitud de Méndez Calzada es del más puro humorismo. No la literatura para hacer reír, sino la literatura que hace reír (sonreír, más bien), porque nos presenta o nos sugiere el doble aspecto de las personas y de las cosas: el anverso y el reverso, el pro y el contra.

Si no temiéramos contradecir el declarado propósito del autor, diríamos que con este libro logra la plenitud de su carácter personal. Como aprendizaje y plenitud no se compadecen, diríamos que "Pro y contra" es la expresión genuina de Enrique Méndez Calzada y uno de los más enjundiosos libros argentinos publicados últimamente.

Parte del contenido del libro la dió a conocer el autor con anterioridad a su recopilación en volumen; parte es inédita. Daremos el sumario del total:

"El manicomio de monsieur Maillard", "La inquietud contemporánea", "Vea, mi amigo, allá en París", "Vida y obra de un poeta", "Nota sobre el indiferentismo", "Los humoristas argentinos", "Variaciones sobre un viejo motivo", "Humanización del teatro: "El teléfono niquelado", "Hacia un teatro verosímil" y "El último reducto de Carreño".

Obras de Dewey

Ed. de "La Lectura" de Madrid

En la colección Ciencia y Educación de las famosas ediciones de "La Lectura" de Madrid, se están publicando, excelentemente traducidas, las obras completas del filósofo contemporáneo John Dewey.

Los dos recientes tomos de esta publicación contienen la "Reconstrucción de la filosofía" y "La inteligencia y la conducta". La primera es una panorámica visión de los esfuerzos contemporáneos por rehabilitar las más puras disciplinas filosóficas; la segunda es una penetrante incursión en el espinoso campo en que teoría y práctica vienen debatiendo desde hace siglos su respectiva prevalencia; las dos son obras capitales para el conocimiento del pensar filosófico de nuestro tiempo.

"Oro Muerto", por Margot Guezúraga

Ed. Samet. Buenos Aires, 1930

Es grato comprobar que las mujeres insisten cada vez menos en los motivos eróticos al escribir versos; no porque los motivos eróticos (ahí está Safo) no se presten a una elevada poesía, sino porque generalmente se prestan a una poesía de poco vuelo y, sobre todo, porque están excesivamente ajetreados y se quisiera verles descansar un poco. Hay en el mundo otros muchos motivos para cantar, aun siendo mujer. La mayoría de las poetisas de ahora buscan esos otros motivos. He aquí a una nueva que lo hace y lo hace con éxito: Margot Guezúraga, cuyo libro "Oro muerto", rindiendo todavía algún tributo al erotismo, está, sin embargo, dedicado a temas de otra índole, en todos los cuales la autora halla materia poética. Es poeta ella misma y en todo objeto sabe encontrar la gracia recóndita, la poesía íntima.

Un poco de desorden se advierte en su libro. Quizás la autora habría tenido que practicar una más severa selección en sus composiciones y una mayor exigencia en sus formas. Pero esto es cuestión de tiempo. Por algo se empieza y la señorita Margot Guezúraga empieza derechamente, con promesa amplia.

Valga, en lugar de todo otro encarecimiento, la siguiente transcripción:

NOCTURNO

Te senté en mis rodillas;
eras tú muy pequeño.
Yo no sé qué tenías esa noche
—era, quizás, el viento. —
mas yo sentía que tu dulce carne
estaba herida de extremecimientos.
Yo no sé qué tenías...
Era inútil empeño
el hacerte dormir con mis canciones.

Me pedías un cuento
Con los ojos muy fijos
clavados en el cielo...
(Florecido de estrellas
estaba el jazminero).
Algo te desvelaba
—tal vez la sombra de mis pensamientos;—

tus pupilas estaban
húmedas de misterio.
Al fin tu cabecita
reclinaste en mi pecho...
Bajo la luna pálida tenía
tu dorado cabello
aquel fulgor sombrío
del oro muerto.

"La Ciencia de la Vida", por Huxley y Wells

Ha aparecido el cuaderno 12 de "La ciencia de la vida", publicación de alta divulgación científica por el eminente biólogo Julián Huxley y el afamado escritor H. G. Wells.

Este cuaderno 12 trata del origen del sexo.

"Los Estoicos", por Paul Barth

Ed. "Revista de Occidente". Madrid

De la antigua filosofía estoica no nos queda ninguna obra; apenas poseemos algunos fragmentos y relatos no siempre coincidentes. Extraer de ese material disperso y contradictorio una doctrina coherente, parecía labor irrealizable. Es, empero, la que ha emprendido y llevado a buen término el alemán Paul Barth, cuyo libro "Los estoicos" es, por consiguiente, la obra más completa que existe sobre la materia.

Esta obra acaba de ser editada en español por la "Revista de Occidente", en fiel traducción de Luis Recasens Siches. Es un esfuerzo más de los muchos que lleva ya realizados por la cultura de los pueblos de nuestra lengua, la editorial que dirige José Ortega y Gasset.

"Historia Kiria", por Pedro Figari

Ed. "Le Livre Libre". París, 1930

Don Pedro Figari, el celebrado evocador pictórico de Buenos Aires ochocentista, ha publicado en París, por medio de la editorial "Le livre Libre", un interesante libro titulado "Historia Kiria".



El autor finge haber hallado, en un paseo por las librerías de viejo parisienses, un manuscrito antiguo que, conducido a manos expertas, se lo descifran y resulta la historia del supuesto pueblo Kirio. Esa imaginada historia, resumida en lo esencial por el señor Figari, es lo que constituye este libro.

He aquí un pasaje elocuente de la historia de los kirios:

"Nada supersticiosos, de agudo ingenio y de imaginación contenida, los kirios se enfrentaban a la realidad como a su ambiente habitual, en forma llana, sin alas de cóndor ni de buho. Lo que nosotros llamamos misterio, con cierta timidez, como si prevenidos de antemano quisiéramos ensombrecernos, era para ellos la cosa más natural: el cielo, tierra, árboles, frutos, flores, aves, peces, moluscos, etc., y trataban de aprovecharlos según podían.

"Dado que no habían visto demonios ni fantasmas, ni gnomos, ni siquiera hadas, sirenas, centauros, pegasos — no ya ángeles ni querubines, — no se les ocurría pensar en estas cosas, y vivían con gran aplomo, contentos de vivir. No perdían el placer de disfrutar de los beneficios naturales por el ansia de poseer más, pues eran, si no modestos en la conformidad, por lo menos razonables, y de anhelos mesurados, escalonados.

"Tampoco perdían el sueño en impaciencias divagatorias, ni se enloquecían con quimeras; al contrario, dormían a pierna suelta, y en verano con la casa abierta las puertas de par en par.

—"¡Oh, qué dulce es vivir! — solían exclamar".

Fácilmente se advierte la intención del libro por este pasaje. El autor se propone ofrecer al hombre contemporáneo un espejo de felicidad en que mirarse.

La "Historia Kiria" es, pues, un libro útil. También es un libro ameno, a lo que contribuyen por igual su literatura atrayente y los intencionados dibujos a pluma de que lo ha ilustrado el propio autor.

"Fervor", por Alfonso M. de la Vega

Ed. El Inca, Buenos Aires, 1930

Un excesivo afán metafórico perjudica en parte al autor de este buen libro de versos. Véase la muestra:

Tu sonrisa es un alba:
tiene sabor a luz.
Tiembla sobre tus dientes
y se enciende en tus labios.
Es canción de frescura
y arco iris de tu llanto.
Beso que te abre pétalos
como el alba a la flor.
Y te acuesta los párpados
fatigados de sol.

Fácil es ver que una ligera moderación en el uso de la metáfora beneficiará al autor, dejándole más sueltas las buenas cualidades que se advierten en él, y pueden corroborarse asimismo en los versos transcriptos, a saber: imaginación vivaz, equilibrio sentimental y fino gusto.

"Fervor" anuncia en el señor Alfonso M. de la Vega, la aparición de un poeta exquisito, que celebramos con satisfacción y esperamos ver lograr obras plenas.

LOS VALSES QUE TIRAN.-



ILUSIÓN MARINA



NOSTALGIA

¡AY EUFRASIO! ¡CUANTO TE QUIERO!

...SI, ESTÁ BIEN... PERO, SOLTAME QUE ME VAS A REVENTAR!

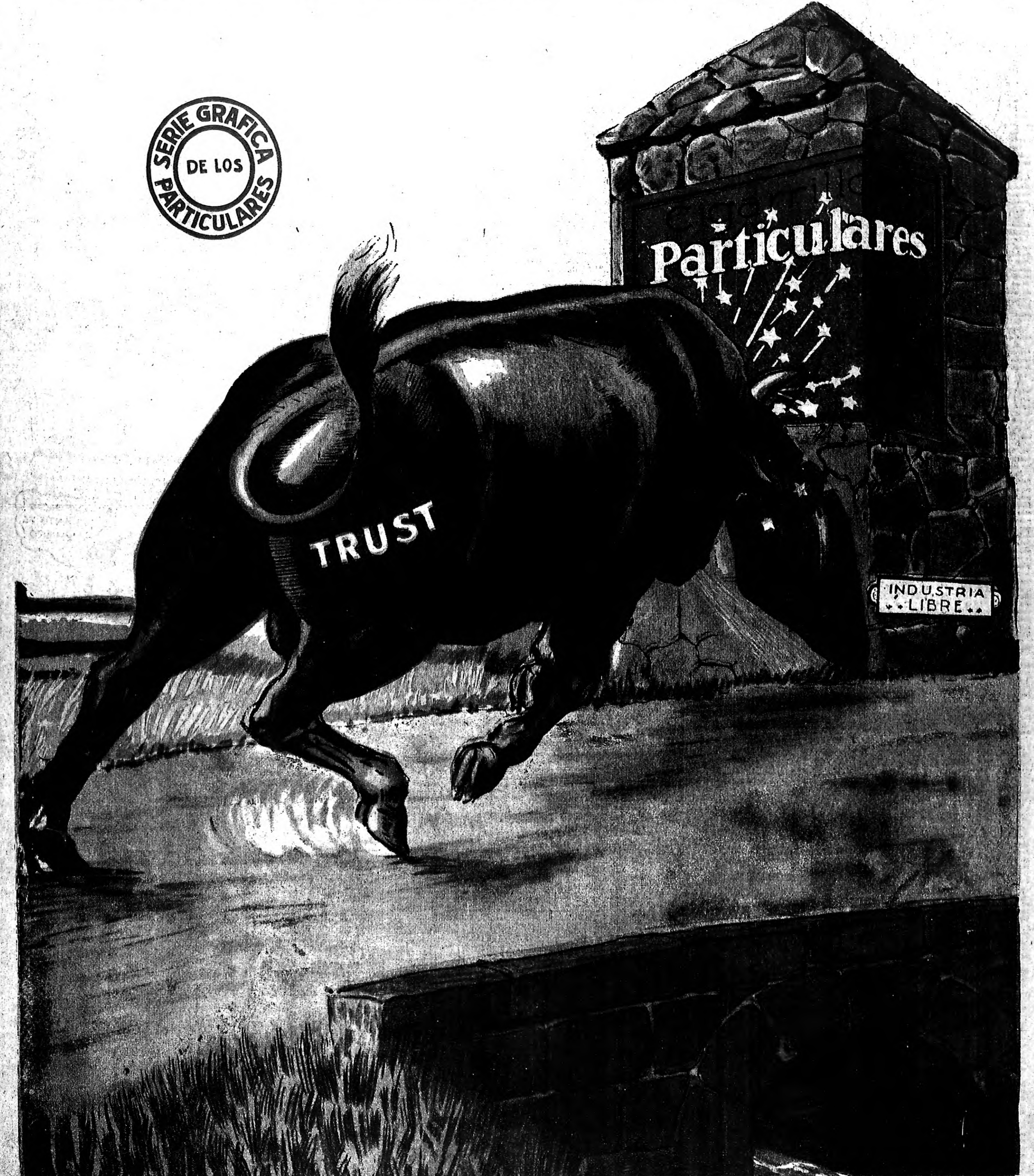
TERNURAS



mi oración

(Dibujos de Alfredo Yérmoli)

ESTRELLAS EN PLENO DIA



continuación

La Segunda Vida de Alvaro Nuñez = por Luis Góngora

(Viene de la página 2)

nes más temibles del flirteo, saliendo airosa y levemente, por la tangente...

Aquella vez debí concretar demasiado, debí exigir aquella respuesta al "¿cuándo?" que parece tan indispensable a los que se enamoran.

Y no era más que saber desde cuándo empezaría a quererme... o a decir que me quería.

La veo aún, después de un instante de silencio, levantarse y, mientras sus ojos me miraban con simpatía, sus labios, en los que se perfilaba una sonrisa de ingenua y deliciosa maldad, me decían:

—¿Cuándo?... Pues... ¡cuando sepa usted quién es ese Alvaro Núñez!

Lo que, en buen castellano y vulgar idioma equivalía a decirme: nunca.

Y se alejó riendo. Desde el ancho portalón que daba acceso a las habitaciones de la familia, tierra inexplorada e incógnita para mí, se detuvo y volvió a decirme:

—Ya lo sabe; ¡cuando lo encuentre!...

Fué la primera vez que aquel malhadado Alvaro Núñez se interpuso en mi vida.

Ahora que sé quién es, que me ha mandado y le he obedecido ciegamente en la noche más trágica y cruel de mi vida, no puedo ni podría darle la respuesta a María Francisca.

Se ha casado y, lo que es peor, adora a su marido...

* * *

La evocación de María Francisca, de su gracia y su belleza inolvidables, me ha distraído un poco en las graves preocupaciones de esta noche. Me olvido de mi propia inquietud y que estas líneas son una confesión, como un descargo y alivio de mi conciencia. ¡Tanto puede una mujer! Y más doloroso es todavía añadir: ¡Si ella supiera!...

No lo sabrá nunca.

Sigo en mis recuerdos, en mi vida de aquellos tres años frente al ilustre sabio don Manuel Estrada Torres, aniquilado y deshecho físicamente pero conservando una energía admirable para el trabajo.

Mi maestro se hallaba en continuo contacto epistolar con todos los hombres de ciencia. Fué un llover incesante de cartas y de adhesiones de aquellos amigos del extranjero, eruditos y polilla del Archivo de Indias o graves "herr professor" de Berlín, o de sabios de Londres y París. Todos se interesaban afectuosamente por la salud del ilustre colega distante.

Entre aquellos amigos en el Perú, había un viejo ingeniero alemán, Herr Günther von Pappenheim, noble y excéntrico. Llegado al Perú hacía muchísimos años, resultó quedándose allí y apasionándose por la historia, con ese método y esa paciencia únicos en su raza. Vivía en el fondo de una provincia norteña, en Lambayeque, rodeado de la espléndida colección de antigüedades. Exploraba continuamente las sepulturas, las "huacas" misteriosas, que el vulgo cree repletas de tesoros de oro y plata. Tenía un Museo que algún día — tal era su disposición testamentaria — enriquecería la valiosa colección de arqueología sudamericana del Museo de Berlín.

Pappenheim se encontraba entre los admiradores de Estrada Torres y más de una vez éste le suministró observaciones propias y datos utilísimos. Y, entre hombres de ciencia, se establece un rápido intercambio de ideas e impresiones.

Las cartas iban y venían. Herr Günther era de los corresponsales más asiduos y constantes de mi maestro. Muy preocupado por saber si el pescado o la tortuga de mar, encontrados en algún "huaco" de alfarería chimú, pintados como elemento decorativo, significaban el mito tal o cual, consultaba con don Manuel y siempre había para él la respuesta oportuna y precisa, la opinión autorizada de mi maestro. ¡Era terrible Herr Günther! ¿No se había atrevido, acaso, a enmendarle la plana al famoso "Vocabulario de la Lengua Mochica", del padre Bertonio, tenido hasta entonces entre los hombres de ciencia como la única fuente de consulta sobre aquel idioma muerto y desaparecido, el latín de Sud América?

Una vez que yo volvía de la Universidad, con mi voluminoso Derecho Romano bajo el brazo, al ir a mi mesa de trabajo, a poca distancia del escritorio, vi que la promesa de Günther von Pappenheim se había cumplido.

En una de sus cartas había prometido a don Manuel enviarle una momia, pero una momia que hiciera honor al donante y al obsequiado.

Y llegó la tal momia. Las mujeres de la casa, y María Francisca entre ellas, juzgaron que el regalo del alemán al abuelito era... el presente griego.

María Francisca comentaba el suceso, con su manera habitual.

—¿De manera que a usted le parece bien tener esos cachivaches en una casa? — me decía.

—¿Y para qué están hechos los museos?

—Pero, María Francisca, considere... Una momia como esta es un verdadero objeto de valor.

—Qué quiere, me da miedo. Lo que es de noche, no entraría al escritorio del abuelito por todo el oro del mundo.

—¿Les tiene usted miedo a los muertos?

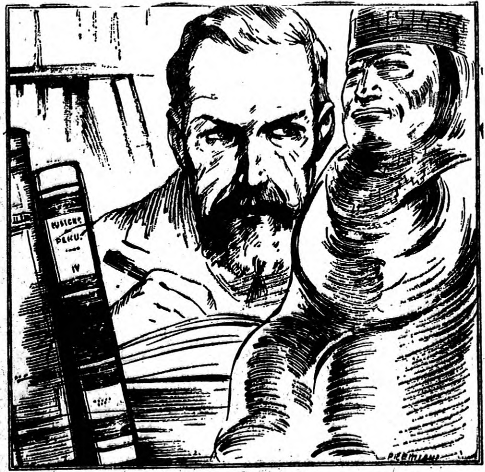
—Sí, pero más a los vivos.

María Francisca se indignaba, más que todo por razones de estética doméstica. Bastante hacía con transigir con tanta y tanta antigualla, con los cristos trágicos, las pinturas borrosas, los infolios y papelotes. A ella que le encantaban las casas modernas, los "courts" de tennis, los muebles claros y confortables, las flores y la limpieza, se le hacía duro vivir en medio de tanta cosa rancia y caduca. La momia enviada por Herr Günther colmó la medida de su indignación.

—Bendito alemán, aquel señor de Lambeyeque — me decía. ¡Mandar a casa una cosa tan terrible... y mire usted el sitio que ocupa!

Tenía razón María Francisca. Aquel día, el más triste y más trágico de todos, había sido traída la momia a la casa y con ella entró la desgracia.

En vano trató don Manuel de aplacar a su bulliciosa María Francisca. En vano le explicó que aquella momia era bellísima — hay belleza hasta en las cosas horribles — y que por su tamaño y la forma como había sido embalsamada y empaquetada era aquello un objeto de mérito.



Herr Günter, en su carta indicaba apenas el lugar del macabro hallazgo...

—Sí, en un museo, abuelito, — replicó.

¡Tenía razón, María Francisca! La momia formaba un enorme bulto en el gabinete de trabajo. Tuvimos que desembarazar de libros y papeles una de las mesas para que la momia enviada por Herr Günther tuviera colocación.

Era, en verdad, un regalo principesco.

De tamaño poco común, su envoltura externa denotaba a primera vista que no era un cadáver vulgar el que había allí dentro, encorvado y agazapado según la posición acostumbrada en las momias peruanas. Don Manuel creyó que era la momia de algún cacique. Ciertos signos exteriores sobre la envoltura, una especie de aro o anillo en la parte superior, parecían comprobar la hipótesis de mi maestro.

Su volumen externo era realmente extraordinario y por eso había preocupado tanto el saber en qué sitio del gabinete se la debía colocar, sin que estorbara mayormente. Estas momias presentan el aspecto de enormes bolsas cosidas que llegan a alcanzar un metro cincuenta de altura por un metro de base. El cadáver momificado y envuelto en ligaduras permanece sentado en la posición ya indicada, con las rodillas a la altura del mentón y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. La cantidad grande de tejidos y ligamentos forman la envoltura externa y es así que a primera vista no ofrezcan tales momias sino el aspecto de una gran bolsa que apenas delinea las formas de una cabeza y un torso.

Tal era el regalo de Herr Günther von Pappenheim que se introdujo en la casa de los Estrada Torres como personaje "indésirable".

Cuando me retiré aquella tarde, habíamos dejado a la momia definitivamente instalada sobre su mesa-pedestal. ¡Cuán lejos estaba de suponer que aquella intromisión de cadáver en la casa iba a ser un eslabón más en la cadena de acontecimientos siniestros y macabros! Ahora, que la contemplo de principio a fin, doy toda la importancia que tiene a la misteriosa momia regalada por Herr Günther.

Había dejado a María Francisca, atribulada y de mal humor con la llegada del incómodo huésped y me retiré pensando en aquel rostro adorable que mal disimulaba un mohín de disgusto y contrariedad.

Cené y me vestí para ir al teatro. Cantaban una ópera de Verdi. Pudiera ser que encontrara a María Francisca en su palco dispuesta a no prestar la más mínima atención a lo que representaban en escena, a las "pomadas", como llamaba despectiva y graciosamente a todas esas óperas del repertorio antiguo, ¡La vería quizás!...

De pronto un campanillazo del teléfono y acudí...

—...

—Soy yo, María Francisca. ¡Abuelito se muere!...

* * *

Rápidamente estuve en la casa. Encontré allí a los médicos que en vano procuraban reanimar una vida que se les escapaba por momentos.

En la pieza contigua hablé con los facultativos.

—Y... ¿no hay esperanzas, doctor?

—Pero, ¿es posible? — decía. ¿No será un nuevo ataque, como el de hace tres años? ¿No hay esperanza de otra reacción?

—Imposible, amigo, imposible, don Manuel atraviesa ahora un período de coma que se resolverá bruscamente. Puede ser dentro de dos horas, de tres, de cinco...

Las horas pasaron breves y angustiosas. Empezaba a venir a la casa tanta gente, que opté por encerrarme en el gabinete de trabajo a esperar allí el trágico desenlace. En aquellos instantes pude comprobar cuánto y cuán hondamente quería a don Manuel y cómo aquella vida que se iba dejaría en mí el más triste e insustituible de los vacíos.

Aparte de que era mi maestro, mi mentor, el que me llevaba de la mano a estudios tan bellos y tan nobles, tenía en él el afecto de un padre. ¡Cuántas veces le escuché sus consejos, llenos siempre de cariño y de claro sentido de la vida y de las cosas!

No quería ver a nadie ni hablar con nadie. La desgracia me había herido del mismo modo como si realmente hubiera pertenecido a su sangre. Por eso abrí el gabinete de trabajo y allí me introduje. Sentía vagamente las idas y venidas, el trajín incesante, los minúsculos ruidos que producían los médicos para hacer las inyecciones de aceite alcanforado y otros inútiles reductos en los que la familia concentraba todas sus esperanzas ante la muerte inexorable.

Fuí molestado por varios periodistas, a pesar de la formal prohibición que diera a los criados para que nadie fuera a verme. ¡Pero esa raza de gente se filtra a través de las paredes, como los fantasmas! Hubo uno que me enseñó en pruebas un "artículo necrológico" confeccionado ya a toda velocidad, suplicándome comprobar si los datos eran exactos. Otro me exigía con impertinencia increíble un retrato de don Manuel. Y, como consuelo, me decían:

—¡Oh, ya verá usted la pena que causa esta muerte!

No podía más. Apenas se fueron los intrusos reiteré la orden de que me dejaran solo, absolutamente solo.

Y así quedéme en el escritorio, abstraído en mi dolor y en mis tristes ideas. ¡Qué difícil es coordinarlas, reconstituir aquella angustiosa línea en zig-zag de un pensamiento, fijo ante la idea de la muerte, atenaceado por un dolor hondo y sincero, en esa hora y en aquel momento! Percibía, clara y distintamente los más mínimos ruidos en la habitación contigua. Poco después se llenaba toda la casa de pavorosa y mística emoción a la llegada del Viático. Veía el resplandor de cirios y luminarias que se encendían y escuchaba el bisbiseo de oraciones en las que colaboraban las señoras de la casa, María Francisca y, seguramente, la servidumbre. Pero no alcanzaba a distinguir, a sintonizar la adorable voz angustiada. En cambio la del sacerdote perfora la emoción del momento. Devanaba sus trágicos latines en una sola nota, repetida, implacable...

Luego se hizo el silencio, entrecortado por sollozos imposibles de localizar. ¿Era María Francisca la que lloraba? Una puerta interior se abría y se cerraba desesperadamente. ¿Será el sacerdote que sale?... No. ¿Es el doctor? Pero, ¿entonces realmente no hay nada que hacer?, me decía. ¿Nada, ni una esperanza? ¿Y la ciencia? ¿Qué puede la ciencia ante la muerte? Mis ideas vagaban por un campo trilladísimo, sin lograr concretarse ni detenerse. Mi angustia interior y mi sobresalto no habrían podido aportar el más mínimo punto de vista personal sobre el gran problema... No atinaba a alcanzar siquiera un pensamiento en forma, pero la muerte era el "leit motiv", el nódulo generador de mil pequeñas variantes sobre el mismo tema. Y es sensible que la humanidad elija estos momentos para pensar en tal cosa.

Mejor es que sea así, me decía luego, de otro modo sería insoportable la cantidad de filosofía barata, y ¿a qué filosofar? Preferibles eran las metáforas con que el pueblo o los que hablaron para el pueblo dijeron sencillamente de la muerte. "Viene, furtiva, como el ladrón en la noche", afirma el Evangelio. Es simplemente "La Separadora de Amigos". Así lo decían, bellamente, los labios de Scheherazada...

O pensaba en las imágenes, en las Danzas Macabras, en los viejos grabados de Durero en los que la Muerte nivela. Evocaba al Pastor, al Estudiante, al Doctor, al Rey, perseguidos por el esqueleto con la guadaña. Todo ello era más cierto que un volumen de negra filosofía o pensar por cuenta propia... Y, qué falta hacía evocarle con la simplicidad antigua dentro del nuevo sentido de la vida. A la Danza Macabra de Durero le faltaba un hombre vestido de frac frente a la guadaña. El frac es la aristocracia del vestido en nuestra época, sea de un burgués enriquecido o de un indecente capitalista. Aquella maravillosa serie de grabados había quedado incompleta... A la Muerte debíamos recibirla vestidos de frac, haciéndole un reverente saludo... Coincidencia... Yo estaba de etiqueta, listo para ir al Colón... Por lo menos yo, la recibía dignamente... Y al pobre don Manuel también lo vestirían así, porque el frac tiene este último destino en los señores respetables y de posición social... Es la mortaja profana. Caminan con ella, van a un baile o a la ópera o se llenan el vientre sin pensar que están bajo su propia mortaja, con su uniforme postrero... Sí, tenía razón Durero!...

Una especie de gemido vino a arrancarme a los ensueños sombríos. ¿Era el estertor de la agonía sin vida? Sentí piedad y una lástima infinita. Me atreví a dejar la comodidad del sillón frailero, la penumbra del gabinete de trabajo, propicia al macabro vuelo de ideas e imágenes, y, medrosamente, me dirigí a aquella puerta divisoria que jamás había traspuesto. Al fin y al cabo, me sentía con derechos para hacerlo.

Era, efectivamente, el estertor inconfundible. La piedad femenina había encendido ya los cirios que acompañan a la plegaria por los agonizantes. Una extraña y temblorosa luz iluminaba el noble rostro. Don Manuel no veía ni conocía ya... Mis ojos buscaron los de María Francisca. Allí estaba, silenciosa, sin una lágrima, contrastando su figura de juventud, de triunfo de la vida, con las de las demás mujeres, gimoteantes y plañideras.

Alcanzó a tenderme la mano, estrechándomela en mudo agradecimiento. Pero no pude permanecer mucho tiempo allí. Me sentía extraño, incapaz de presenciar, como los parientes lejanos, el triste espectáculo. ¡Oh los parientes que en esos momentos toman el mando, invaden la casa ajena, dan órdenes y contraórdenes, se agitan y dan pruebas de una oficiosidad y celo jamás sospechados!

Regresé a "nuestro" gabinete de trabajo, a mi soledad, a mi angustiosa espera en el silencio y en la sombra. Había apagado todas las luces. Sólo el marco iluminado de la puerta proyectaba un resplandor difuso.

Aquel gesto de María Francisca me conmovió. Ahora era ella el centro de mis pensamientos. ¿La amaba acaso? Pensaba en su dolor, en el vacío que sentiría sin aquel abuelito a quien mimó durante esos tres últimos años de la parálisis. Ya no pondría en nuestra mesa de trabajo, llena de papelotes y de polvo de siglos, la gracia de un ramo de flores... Ya no vendría todas las tardes a interrumpir graciosamente nuestra labor... Yo mismo no iría ya, no la vería. Ah, ¡era todo un capítulo de mi vida el que expiraba con esa vida!

Aquella misma tarde había discutido con ella sobre la inutilidad de la momia enviada por Herr Günther. ¡Se había opuesto tan firmemente a la entrada del extraño personaje!

Y allí, arrinconada sobre su mesa, estaba la siniestra mole, la momia. En mis divagaciones sombrías de pocos minutos antes no la había tomado en cuenta. Y es que una momia pasa a la categoría de simple cosa. Con lo que había hecho muy mal en excluirla. Al fin y al cabo, allí, dentro del descomunal paquete de envoltorios había un cadáver, de un pobre diablo de indio peruano, pero cadáver auténtico. Huesos, carne apergaminada, fósil, pero carne que amó y sufrió sin duda, hace tantos siglos. Pensaba en María Francisca y pensaba en la momia. Realmente, la coincidencia era desconcertante... Aquel cadáver se había introducido en la casa de don Manuel Estrada Torres el mismo día en que su dueño la desalojaba para siempre... ¡Bah!... Simple coincidencia, pensé. ¿Y si hubiera llegado ayer o mañana? Coincidencia que entra en el cálculo de probabilidades más lógico y elemental...

Pero era extraño el caso, no había duda. Tan extraño todo aquello, un regalo de una momia; ¡sólo al loco de von Pappenheim se le ocurría hacer obsequios semejantes! El viaje tan largo desde la provincia peruana de Lambayeque, la venida de este huésped fósil, en calidad de stockfish en el fondo de la bodega de un trasatlántico, la llegada aquel mismo día, la secreta resistencia de María Francisca, como si presintiera una desgracia... Sí, ¡había que convenir en que aquel bulto inofensivo y descomunal traía jettatura!

Me acerqué a la mesa en que don Manuel había dado orden de que instalaran a la intrusa, nuevo ornamento de su gabinete de trabajo. La escasa luz permitía apreciar solamente los redondos contornos de la envoltura. Allí, debajo de inacabables ligaduras y envoltorios, estaba durmiendo su sueño eterno, con el mentón entre las rodillas, ocupando el mínimo espacio que puede desplazar el cuerpo humano, él, el ilustre desconocido.

No puedo negar, ahora que reconstituyo fielmente hechos y emociones inolvidables, que se han sucedido en progresión creciente de terror, que desde aquel instante la momia empezó a obsesionarme. Empezó a ocupar, tiránicamente, toda mi atención. La coincidencia dejaba de serlo, era un hecho fatal. Aquel envoltorio traía la desgracia. ¿Quién era? ¿Quién era el indio desconocido que viviera hacía tantos siglos? ¿Cómo podía explicarse su intromisión en un momento de dolor y de muerte, tan remoto a través del tiempo y la distancia?

Herr Günther en su carta a don Manuel Estrada indicaba apenas el lugar de donde fuera extraído el macabro hallazgo. Decía que él la obtuvo en una de sus excavaciones realizadas en Reque, cerca de Monsefú y que por su aspecto, un poco más grande que las momias comunes, de las tantas que abundan en los museos, creía que pertenecía a algún cacique indígena...

Regresé a mi sillón, completamente obsesionado ya y con un miedo que en vano trataba de disimular. Aquellos datos del amigo alemán de don Manuel, eran como para iniciar una investigación!... ¿Quién sería el cacique?

Las doce campanadas del reloj aumentaron mi terror infantil. No me explico por qué la humanidad ha elegido esta hora para los fantasmas y aparecidos... La momia me tiranizaba ya, me ligaba a ella con tal fuerza que en vano trataba de desasirme de sus invisibles brazos que oprimían mi cráneo... Volví a incorporarme, traté de distraerme, escuchando el tétrico estertor, acompasado, ronco, sibilante, que percibía claramente. Tentado estuve de entrar en la cámara mortuoria, para huir de la obsesión... Hasta creo que entreabrí la puerta y distinguí a don Manuel pálido y con los rasgos perfiladísimos. Mi pena se había desvanecido. Hubiera podido contemplar el último aliento de vida de mi querido maestro con la misma fría indiferencia de un enfermero de hospital...

Pero la momia me fascinaba, me atraía... Junté la entreabierta puerta y volví a mi puesto. El terror me dominaba. ¡Saber, saber quién era él, el apasionante misterio! ¿Qué eran todos los secretos históricos, los más intrincados, los más abstrusos, los que tanto habían preocupado a veces a don Manuel, frente al de esos momentos? ¿Qué era el secreto de un Alvaro Nú......

Cuando evoqué insólitamente este nombre que brilló en mi delirante cerebro como una estrella fugaz en el cielo negro, casi grito de terror... Llevé una mano crispada a mi boca para ahogar aquel grito en la noche. Sentí una gran comoción pero luego, recobrándome poco a poco, tuve ya un convencimiento, un extraño valor, una sangre fría, una serenidad increíbles. Pasó el instante de máxima conmoción, la sacudida que me recorrió como una descarga eléctrica. No sé aún si vi la luz que brilló en mi cerebro o si aquella luz, en un fragmento de segundo brilló sobre la momia...

Nada me quitó ya el convencimiento. Allí estaba Alvaro Núñez; nada, ni lo imposible, ni lo grotesco que era suponer a un capitán español del siglo XVI dentro de una momia de cacique, podía apartarme de un convencimiento que lenta y gradualmente, me armaba de un valor extraordinario. Allí estaba, sí, el capitán Alvaro Núñez, de quien hablaba Flores Villarroel, el manuscrito del jesuita. Y la luz se hizo, después de las tinieblas. Ahora todo era lógico, clarísimo. La relación de los hechos más extraños y aislados; el unirse una vida a otra; el salvar el tiempo, la distancia y el absurdo aparente; todo aquel mundo que hay entre cielo y tierra, entre vivos y muertos, todo me pareció tan claro como quien encuentra la clave de una escritura secreta, y leí, leí...

Unía hechos y solos se encadenaban en la más perfecta ilación. Reque, el sitio de donde fuera extraída la momia, Reque... ¿No hablaba de aquel punto el manuscrito del jesuita? No necesitaba verlo; había sido aquel párrafo tan torturante incógnita para don Manuel y para mí!... Luego, en aquel párrafo mismo del manuscrito estaba la triste marca del lápiz de don Manuel, cuando sufriera su primer ataque cerebral, hace tres años, al interponerse por primera vez en su vida aquel hombre de misterio y horror: Alvaro Núñes. Los detalles de la llegada de la momia a la casa en aquel triste día estaban demasiado recientes...

No se trataba ya de saber, sino de comprobar. Acerquéme a la mesa, pedestal del misterio que acababa de revelárseme. La momia había vuelto a su categoría de "cosa". No me inquietaba ya en lo más mínimo. Con sangre fría, de la que ahora me admiro, me dispuse a abrir la enorme bolsa de envoltorios. Un puñalito, corta-papel del escritorio, me sirvió admirablemente. Rasgué la envoltura externa sin la menor dificultad. Un olor a polvo, a humedad, a siglos, exhalaba la pequeña envoltura por donde introduje mi mano, ávida de llegar a la parte interior, a tocar el cadáver...

Renació mi emoción, pero distinta esta vez. Un nuevo convencimiento me invadía, tan categórico y terminante como el anterior. Debe ser el mismo que experimenta el asesino que sabe que al acabar su labor, termina también una vida entre sus manos. Esta vez era la vida de don Manuel la que dependía de las mías. Sabía, ciegamente, que al "comprobar" a Alvaro Núñez, ligaba aquella vida que renacía trágicamente a otra que se extinguía, allá en la habitación contigua. Sabía que eran contados los minutos de don Manuel; pero que absolutamente dependían de mis manos, del instante de la conjunción misteriosa de dos existencias a través de cuatro siglos.

¡Aquí el horror de mi propia culpa, haber servido de intermediario, de instrumento consciente de lo desconocido; haber dispuesto, fría y criminalmente, de unos minutos, segundos quizás, de una vida que no era mía, precipitándola a su fin. Pero mi mano proseguía, afanosa su investigación. Sentía cómo se rasgaban o se deshacían los tejidos, cómo se convertían en polvo los envoltorios, los vendajes, las ligaduras... Por fin toqué la carne apergaminada, que crujió como una costra seca, deshaciéndose en polvo! Un secreto instinto me llevaba a recorrer con los dedos el cadáver encerrado... Toqué el cráneo, las oquedades de los ojos, el relieve de los dientes de esa cabeza inclinada sobre sus propias rodillas. Y no me causó extrañeza sentir las pilosidades de una barba. Un poco más abajo cerca de las rótulas encontré la mano de Alvaro Núñes... ¡Y aquella mano empuñaba un minúsculo crucifijo! Fué lo único que extraje y guardo, lo único que me atestigua que aquellos minutos vividos no fueron un mal sueño. En aquel preciso momento, don Manuel exhaló su último suspiro.

Cuando entré en la pieza mortuoria, fué María Francisca quien me lo dijo:

—Acaba de morir, hace un instante.

* * *

Breves noches han pasado de mi noche de angustia y horror, que hoy casi estuve a punto de revelar, en la charla de amigos. La vida ha vuelto a sus cauces y "aquellas cosas que hay entre cielo y tierra, Horacio", que decía el príncipe loco, no las volveré a ver más. Mejor es que así sea. María Francisca se ha casado, y en estos días daré a publicidad el manuscrito del jesuita, dejando en blanco la nota de Alvaro Núñez, que el pobre don Manuel no pudo llenar. La dejaré en blanco, yo que podría añadir este simple comentario:

"El capitán Alvaro Núñez, de que habla aquí Flores Villarroel, se encuentra actualmente en calidad de momia y con el número 7, en el Museo de la Facultad de Letras de Buenos Aires, al que fué donado por la familia del extinto don Manuel Estrada Torres en su condición de valiosa momia pre-incaica".

El lector avisado, leyendo el texto del jesuita, podría completar, mentalmente, la tragedia de Alvaro Núñez y sus amoríos con la hija del cacique indígena de Reque, que terminaron así con tan cruel venganza del indio. Alvaro Núñez murió en un bello romance de amor y de sangre...

Pero la publicación de estas líneas sería un escándalo. Tendría que acreditar los fundamentos que poseo para mi afirmación y ello envuelve una confesión de hechos. Y, aunque callara la participación que me tocó en la misteriosa relación entre Alvaro Núñez y don Manuel Estrada, siempre quedaría yo en la condición de violador de momias, que no tiene nada de agradable para una persona que se estima. Preferible es que sigan creyendo en la Facultad que la desgarradura que ofrece en su exterior la momia número 7, es un detalle sin importancia, el intento de una mano extraña, por comprobar si había joyas... Tal nota bibliográfica no puede publicarse. Suscitaría un conflicto entre la Facultad, dueña legal de la momia, y las damas de Beneficencia, que no consentirían jamás que el cadáver de un cristiano, hermano nuestro, en vez de reposar en tierra sagrada, permanezca entre los cachivaches y anaquelerías de un museo.

Lo que no obsta para que yo, personalmente, tenga una pequeña duda que saldar con Alvaro Núñez.

Un día de estos contaré mi caso a un sacerdote amigo y comprensivo. Le rogaré que me acompañe al museo a la hora en que no haya nadie y que allí, ante la momia número 7, rece un responso por el eterno descanso del alma de Alvaro Núñez.

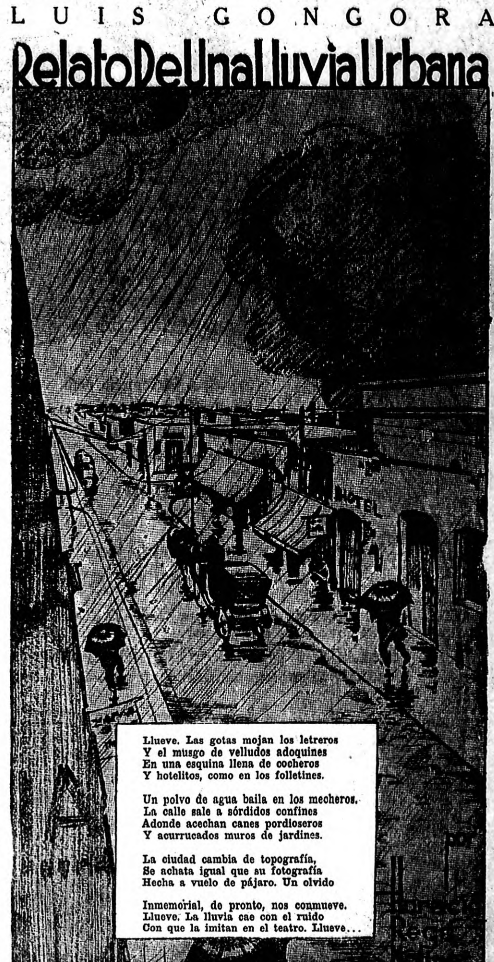
Y si este buen amigo, ministro del Señor, me cree, le regalaré como recuerdo el crucifijo que apretaban los huesos de la mano del capitán andaluz.

Buenos Aires, 1922.

(ILUSTRO PREMIANI)

LUIS GONGORA

Relato De Una Lluvia Urbana



Llueve. Las gotas mojan los letreros
Y el musgo de velludos adoquines
En una esquina llena de cocheros
Y hotelitos, como en los folletines.

Un polvo de agua baila en los mecheros.
La calle sale a sórdidos confines
Adonde acechan canes pordioseros
Y acurrucados muros de jardines.

La ciudad cambia de topografía,
Se achata igual que su fotografía
Hecha a vuelo de pájaro. Un olvido

Inmemorial, de pronto, nos conmueve.
Llueve. La lluvia cae con el ruido
Con que la imitan en el teatro. Llueve...

LE SANCY TRICOLOR

Piel Natural

Ocre

Rosado

Esta Perfumería dedica diariamente a todos los consumidores de sus productos las audiciones selectas que transmite por intermedio de

L. R. 2 RADIO PRIETO
de 21 a 22 horas

En esta temporada actúan los días impares:

"LAS AMERICANITAS"

en su repertorio de canciones nacionales, americanas y hawaianas, y los días pares:

"KALADA Y LOS COSACOS DEL CAUCASO"

en sus originales coros ukranianos, y melodías rusas y gitanas.





además en los tonos:
Piel Natural,
Rachel,
Ocre,
Morocho,
Rosado.

El arco iris...

... con su hermoso colorido,
viste de gala al cielo.
Sus tres colores básicos
combinados por la naturaleza,
dan todos los tonos en la
gama más perfecta.

Así también, con la caja patentada del

POLVO LE SANCY TRICOLOR

— única en el mundo — usted obtendrá el tono que necesita su cutis, porque sus tres colores básicos, tienen la misma transparencia y propiedad que los colores de la naturaleza.

"Es la caja para el último retoque"

Caja Grande	Caja Media
$ 1.90	$ 0.70